

++
GOLGOTA
EXTRAORDINARIO ENC 2023



++
GOLGOTTA

⁺⁺⁺GOLGOTA

EXTRAORDINARIO ENC 2023



Una publicación oficial de la Real Federación de
Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada







EQUIPO

GÓLGOTA N° 80 - OCTUBRE 2023

PRESIDENTE

Armando Javier Ortiz García

DIRECTOR

Sergio Ortega Almendros

COORDINADOR

Carlos Acal Romero

CONSEJO DE REDACCIÓN

Álvaro Ramos Ruiz
Antonio Padial Bailón
Carolina Fernández Herrera
Cecilio Cabello Velasco
Eduardo Iáñez Pareja
José Antonio Díaz Gómez
Manuel Lirola García
Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz
Pablo González Sánchez

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Luis Gallas Martínez
Luis Eduardo Iáñez García

COLABORADORES GRÁFICOS

José Valverde Ríos (JVR) (coord.)
Antonio Orantes Suárez (AOS)
Alberto Ortega Erena (AOE)
Ignacio Olivencia Moreno (IOM)
Jose Castro Moreno (JCM)
Jose Antonio Murcia García-Carpintero (JMG)
Jose Velasco Fernández (JVF)
Luis Javier Quesada Raya (LQR)

EDITA

Real Federación de Hermandades y Cofradías
de Semana Santa de Granada

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de los Lobos 12, Centro Ágora
958.804.997 / www.hermandadesdegranada.com
Sugerencias y suscripciones en:
info@hermandadesdegranada.com



PORTADA

Juan Díaz Losada. Cartel anunciador del 34
Encuentro Nacional de Cofradías

DEPÓSITO LEGAL

GR/195-1994

ISSN

1887-5009

IMPRESIÓN

Impresiones Nazarí (Granada)

AGRADECIMIENTOS

Metropolitano de Granada



www.hermandadesdegranada.com



SUMARIO

34 ENCUENTRO NACIONAL DE COFRADÍAS PENITENCIALES EN GRANADA Armando J. Ortiz García	6
18.496 KILÓMETROS EN POS DE LAS COFRADÍAS Carlos García Rioja	12
LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS SOMOS IGLESIA José Cecilio Cabello Velasco	18
SEMANA SANTA DE GRANADA, CINCO SIGLOS DE HISTORIA Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz	30
ANECDOTARIO COFRADE GRANATENSIS Tito Ortiz López	40
EL PREGÓN OFICIAL DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA Álvaro Ramos Ruiz	50
150 AÑOS DE MÚSICA COFRADE EN GRANADA: REFLEXIÓN SOBRE EL ESTILO Erik Luque Vega	58
LA ACTUALIDAD DEL DISEÑO COFRADE: CREACIÓN DE PATRIMONIO Luis Ignacio Fernández-Aragón Sánchez	64



34 ENCUENTRO NACIONAL DE COFRADÍAS PENITENCIALES EN GRANADA

Armando J. Ortiz García · Presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías

Tendríamos que remontarnos al año 2019 cuando la anterior junta de gobierno de la Real Federación inicia los primeros pasos para hacer realidad la celebración en nuestra ciudad de uno de los encuentros que durante más de tres décadas se vienen celebrando a lo largo y ancho de la geografía española, pero que fueron necesariamente suspendidos debido a la pandemia de la covid-19. Así pues, fue el 25 de septiembre del pasado año 2022 cuando de manera definitiva se presenta en León, lugar del último encuentro, la candidatura de Granada para la celebración en nuestra ciudad de este próximo 34 Encuentro Nacional. Allí nuestra ciudad fue elegida como sede del presente año, con una potente candidatura avalada con el apoyo, lógicamente, de nuestra diócesis, así como de las instituciones

públicas de la Junta de Andalucía, del Ayuntamiento de Granada, de la Diputación Provincial, así como de nuestras treinta y dos hermandades y, por supuesto, de toda la Granada cofrade.

Los Encuentros Nacionales de Cofradías Penitenciales que se vienen celebrando desde hace treinta y tres años se enmarcan en los encuentros que coordina y supervisa la permanente nacional, que en definitiva designa, supedita y supervisa en el territorio nacional estos encuentros de las hermandades de penitencia.

Es importante resaltar, como punto de partida, algo obvio pero muy importante: que detrás de cualquier actividad de las hermandades existe siempre —sea esta la actividad que sea— un fin esencialmente religioso, propio e intrínseco a sus propios fines u

«LOS ENCUENTROS NACIONALES SURGEN COMO UNA NECESIDAD DE CONOCER LAS DISTINTAS REALIDADES. LA AMPLIA DIVERSIDAD Y LA IDIOSINCRASIA PROPIA DE CADA UNO DE LOS LUGARES DE ESPAÑA EN DONDE SE CELEBRA LA SEMANA SANTA.»



IOM

objetivos. Nos alejaríamos mucho de la realidad si no considerásemos que cualquiera de las actividades que las hermandades desarrollan a lo largo del tiempo no contemplan de forma consustancial los fines pastorales para las que fueron creadas dentro del ámbito de la piedad y religiosidad popular. No cabe duda, por tanto, de que los encuentros de este tipo deben ser considerados teniendo en cuenta esta premisa.

Los Encuentros Nacionales surgen como una necesidad de conocer las distintas realidades, la amplia diversidad y la idiosincrasia propia de cada uno de los lugares de España en donde se celebra la Semana Santa. Es, por tanto, su fin principal dar a conocer, divulgar y compartir —e incluso experimentar en cierto modo— la realidad de la Semana Santa de cada lugar donde se celebran, haciendo posible que los participantes puedan hacerse una idea lo más fidedigna de cómo es esencialmente la Semana Santa del lugar en cuestión.

No cabe duda de que este encuentro que próximamente celebraremos en nuestra ciudad es un reto importante para nuestra Semana Santa, para nuestras hermandades, para nuestra realidad cofrade y, lógicamente, para la propia ciudad de Granada. La celebración de este 34 Encuentro Nacional será sin duda una gran oportunidad para dar a conocer la realidad de nuestra Semana Santa, el entorno —cultural, social, urbano— que la rodea y, ante todo, la verdadera importancia en nuestra ciudad de la religiosidad popular, así como su gran potencial y arraigo. Por otra parte, no debemos olvidar que nuestra Semana Santa fue declarada ya en el año 2009 de Interés Turístico Internacional y que desde hace tiempo ha despertado el interés del universo cofrade de Andalucía, de nuestro país y del resto del mundo; de modo que un evento como este, con sus dimensiones y características, supondrá para nuestra ciudad una gran proyección y la confirmación definitiva de nuestra Semana Santa y de nuestra ciudad.

La celebración en Granada de este 34 Encuentro Nacional supone un paso más en la evolución de nuestra Semana Santa, que ya de por sí ha tenido en las últimas tres décadas un auge y crecimiento espectacular en todos los sentidos; y nos va a permitir dar a conocer más profundamente la realidad de nuestras hermandades y cofradías, su historia y patrimonio, así como el marco social donde desarrollan su vida de hermandad. Dar a conocer esta realidad cofrade es uno de los objetivos principales marcados para este Encuentro Nacional.

Por otro lado, desde el punto de vista federativo, consideramos que el reto que supone un evento de estas características y dimensiones pondrá a prueba nuestra capacidad de planificación y organización, tanto como la gestión de cara al futuro de nuestra propia Semana Santa y de otros eventos de similares características que necesariamente deberemos igualmente poner en marcha en los próximos años.

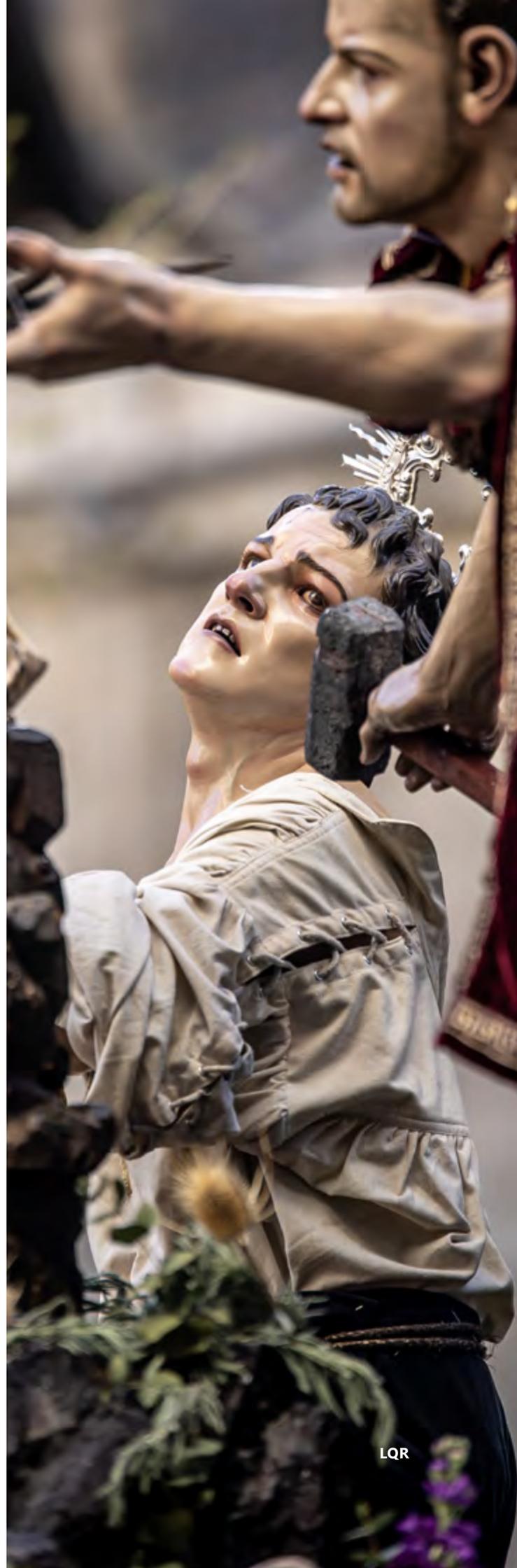
Por último, debe subrayarse que esta celebración supondrá un antes y un después para nuestra Semana Santa y para las hermandades, puesto que la proyección que este evento tendrá dentro y fuera de nuestra ciudad será importante tanto para Granada como para Andalucía y el resto de España, sin olvidar que, por el carácter internacional que





tendrá también este encuentro, su proyección será sin duda aún mayor.

Esperamos que Nuestra Señora la Virgen de las Angustias, cuyo patronazgo ha protegido y amparado siempre desde su fundación esta Real Federación, nos ayude en este nuevo reto, en esta ilusionante y apasionante tarea.







18.496 KILÓMETROS EN POS DE LAS COFRADÍAS

Carlos García Rioja

Si los asistentes al I Encuentro Regional —en la siguiente edición ya adquiriría dimensión nacional— de Cofradías celebrado en Villagarcía de Campos (Valladolid) entre el 16 y el 18 de septiembre de 1988 hubiesen reseteado allí su particular cuentakilómetros, hasta llegar a Granada el 12 de octubre de 2023, habrían recorrido nada menos que 18.496 kilómetros. Una cifra no desdeñable — poco menos que la mitad de una vuelta al mundo— que trasluce la intensidad con la que se han vivido los treinta y tres Encuentros Nacionales de Cofradías organizados en los últimos siete lustros.

Así, en los albores de cada otoño desde aquel ya lejano 1988 y solo interrumpidos por la pandemia en 2020 y 2021, cientos de cofrades de toda España

se han reunido aquí y allá. Desde Cangas a Almería, desde Tarragona a Ceuta, desde Jerez a Santander. Treinta localidades han acogido, hasta encontrar cobijo en Granada, este destacado foro de reflexión, debate y conocimiento del mundo cofrade del que Valladolid, Jumilla (Murcia) y Bilbao han sido anfitriones en dos ocasiones cada una. Unos Encuentros que nacieron al abrigo de un grupo de amigos de la Semana Santa de Castilla y León, comunidad en la que tienen su origen y en donde se han celebrado mayor número de ediciones: nueve hasta la fecha.

En sus tres décadas y media de historia, los Encuentros se han transformado notablemente aunque, de alguna forma, continúan siendo fieles

«EN SUS TRES DÉCADAS Y MEDIA DE HISTORIA, LOS ENCUENTROS SE HAN TRANSFORMADO NOTABLEMENTE AUNQUE, DE ALGUNA FORMA, CONTINÚAN SIENDO FIELES A SU ORIGINAL BÚSQUDA DEL CONOCIMIENTO Y DE ESTRECHAMIENTO DE LAZOS FRATERNALES.»

Primera procesión de un paso con motivo del Encuentro (Alicante, 1997). J. A. Fresno Castro



a su original búsqueda del conocimiento y de estrechamiento de lazos fraternales. Año tras año, sirven para intercambiar puntos de vista, experiencias, publicaciones... en definitiva, para consolidar amistades y para fraguar otras nuevas. Como también han servido para alumbrar otro tipo de convocatorias congresuales o advocacionales.

Formación, patrimonio, evangelización, fiscalidad, juventud... han sido temas recurrentes en ponencias, mesas redondas y comunicaciones. De hecho, alguno de ellos volverá a ser tratado en Granada donde, a buen seguro, la animada conversación primará en pasillos, cafés y sobremesas, erigidos por derecho propio en alma de los Encuentros.

Los tres días —desde la tarde del viernes a la mañana del domingo— con los que empezaron los Encuentros, sumaron una jornada más en Bilbao (1994) y, ya de forma estable, en Jerez de la Frontera (2005), con el jueves dedicado a dar la bienvenida con un acto cultural. Al tiempo, las maratonianas sesiones de trabajo con las que comenzaron, se han

ido diluyendo hasta concentrarse en las mañanas del viernes y del sábado desde hace ya muchas ediciones. Progresivamente, le han ganado terreno otro tipo de actividades, como las exposiciones: *Tesoros de Pasión* (Jumilla, 1999), *Imago Passionis* (Jumilla, 2017), *Allelvia* (Elche, 2019) o *De Forma Magnífica* (León, 2022).

El acto teatralizado sobre la Cuaresma y la Semana Santa jerezana (2005), la conmemoración legionaria en Ceuta (2008), los inigualables doseles de Alzira (2015), las representaciones del Prendimiento de Jumilla (2017) o de la Pasión de Elche (2019) o la inauguración de monumentos al cofrade en Jerez (2005), Ceuta (2008), Barbastro (2010) y León (2022) o del Museo de Semana Santa de Valencia (2000) han complementado los contenidos de los diferentes Encuentros, dejando además una huella imborrable en cada ciudad.

Pero, sin duda, en todo ese ‘escaparate’ pasional de cada localidad anfitriona, destaca la procesión. No fue hasta la décima edición (Alicante, 1997) cuando salió un paso por primera vez: el Descendimiento, en su bajada —y subida— por las cuevas de Santa Cruz. Hasta entonces, se estilaba un desfile de los participantes vestidos de túnica y, a lo sumo, se portaban los estandartes locales.

Aquella procesión fue un revulsivo que, dos años después, en Jumilla, vivió otro hito: la procesión de la Amargura, con once pasos y los cofrades cubiertos como cualquier Jueves Santo. Aquel acontecimiento marcó a los siguientes organizadores, aunque no

sería hasta Jerez cuando se ‘redoblase’ la iniciativa. Allí, los pasos —seis y con grandes devociones como el Cristo y el ‘Prendí’— se trasladaron a la catedral en la primera jornada, procesionando en la mañana de clausura hasta otro templo y regresando a los propios esa tarde. Podríamos hablar de tres jornadas procesionales, un esquema que repitió Ciudad Real (2009), pero con cuatro pasos, y que también recuerda los traslados previos a la magna que recorrerá las calles granadinas con motivo del 34 Encuentro.

El Cristo de las Batallas, en Ávila (2004); la Virgen de las Angustias, a la sazón patrona de Medina del Campo (Valladolid), en 2006 o María Santísima del Consuelo, en Almería (2007), son algunas de las imágenes que han procesionado de forma extraordinaria en los Encuentros, destacando tres por el gran número de pasos que desfilaron: veinticuatro en Jumilla (2017) y dos menos en León (2022) y, D.m., en Granada.

Pero no solo cortejos, sino que actos tan relevantes como ‘El Abrazo’ de Crevillente (2011); el desfile de los ‘Armats’ de Tarragona (2013); el Corpus de Toledo (2014); la Tamborada de Alzira (2015); el Via Crucis a Begoña, en Bilbao (2018) o el Domingo de Ramos de Elche (2019) han podido ser admirados en los Encuentros celebrados en estas ciudades.

No sería justo terminar esta apresurada intrahistoria de los Encuentros sin citar a un puñado de cofrades que, si no han recorrido esos 18.496 kilómetros, poco les ha faltado. Con el recuerdo de quienes ya

Acto de exaltación de la Cuaresma y la Semana Santa jerezana durante el Encuentro de 2005. A. M. Estébanez Ruiz





La mayoría de los directores de Encuentros hasta la fecha posaron con motivo de la XXV edición desarrollada en Burgos en 2012. C. García Rioja.

no están entre nosotros —con José Luis C. Carreño (Valladolid) a la cabeza—, el aliento de Javier Fresno (Valladolid), Juan Antonio Arbaiza (Bilbao), Antonio Bonet (Madrid), José Carrión (Jumilla), Fernando Frá (Ponferrada), Ángel Nápoles (Zaragoza) y Fernando Navarro (Cartagena), veteranos asistentes u organizadores en el pasado, junto a otros que nos hemos sumado con posterioridad, es imprescindible para dar continuidad a los Encuentros que, gracias

a los cofrades granadinos, vivirán en la capital de la Alhambra una nueva e inolvidable edición.



Tras dos años de paréntesis por la pandemia, Granada recibió en 2022 el testigo de León para acoger el 34 Encuentro. C. García Rioja.







LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS SOMOS IGLESIA

José Cecilio Cabello Velasco

Una de las expresiones del catolicismo popular, quizás la más visible, es la constelación de asociaciones, cofradías y hermandades surgidas a la sombra y bajo el impulso de la Iglesia. Según el canon 298 del vigente Código de Derecho Canónico, «son asociaciones en las que los fieles, clérigos o laicos, o clérigos junto con los laicos, trabajando unidos, buscan fomentar una vida más perfecta, promover el culto público, la doctrina cristiana, o realizar otras actividades de apostolado, a saber, iniciativas para la evangelización, el ejercicio de obras de piedad o de caridad y la animación con espíritu cristiano del orden temporal».

«LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS DEBEN TOMAR CONCIENCIA DE SU CAPACIDAD EVANGELIZADORA COMO AUTÉNTICAS COMUNIDADES. POTENCIANDO EL COMPROMISO CREYENTE DE SUS MIEMBROS [...] Y HACIENDO DISCERNIMIENTO CRISTIANO SOBRE SU REALIDAD HISTÓRICA Y PRESENTE»

Se ha dicho que uno de los valores de las cofradías y hermandades es el **sentido laical** de este movimiento, el más importante de España, que no ha dejado de crecer desde el último cuarto del siglo XX. Otras veces se ha interpretado tal sentido como un alejamiento de la realidad eclesial e incluso como una oposición a ella. Verdaderamente es constatable que algunos integrantes de las hermandades y cofradías tienen un sentido de lo laical incluso antieclesiástico. Escribió el sacerdote Luis Maldonado, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca:

¿No tenemos buena parte de culpa los eclesiásticos al estar fomentando una iglesia clerical?

Para desarrollar una pedagogía de acercamiento recíproco a la Iglesia creo necesario este primer paso de desclericalizar nuestra pastoral. Es algo a lo que son muy sensibles los cofrades que participan en las procesiones y quizás se quedan ahí sin incorporarse realmente a la vida de la Iglesia.

«Cuando quieras saber lo que cree la Madre Iglesia, acude al Magisterio; pero cuando quieras saber cómo cree la Iglesia, acude al pueblo fiel».

Papa Francisco

No debemos dedicarnos a criticarles a ellos sino a tratar de desarrollar una autocrítica sobre la imagen que estamos proyectando.

Ciertamente la noción de Iglesia, la **eclesialidad**, está evolucionando rápidamente en estos últimos años. Esto quedó claro en la afirmación del Concilio Vaticano II, en el número 32 de la constitución *Lumen gentium*, en la que se viene a decir que dentro de la Iglesia todos somos iguales en dignidad e importancia, pues todos hemos recibido el Espíritu Santo. Son distintas, sí, las tareas, los servicios, ministerios y carismas —que no en valor—. Los

seglares cumplen en el mundo la parte que les atañe en la misión del pueblo de Dios.

Las cofradías no pretenden suprimir ni suplantar a otras instituciones; sin embargo, su intención es, o debiera ser, colmar y completar el vacío existente entre la jerarquía y el pueblo con una acción más cercana, más autónoma y más comprometida con las personas concretas. Su razón de ser está en ellas mismas y en las decisiones de sus miembros. No obstante esta autonomía, el hecho de que las cofradías tienen una finalidad religiosa lleva a las autoridades eclesiásticas a no despreocuparse de la vida de estas asociaciones, dada la repercusión que tienen en la comunidad cristiana y la implicación interpretativa del ser cristiano que en ellas se realiza.

Puede muy bien decirse que **las cofradías son un verdadero factor de cohesión, de participación y de estabilidad**, pues están en armonía con la sociedad actual, y sus estructuras democráticas



JCM

sintonizan con la realidad que vivimos, porque penetran todas las capas sociales y porque están presentes en las necesidades y eventos más importantes de la sociedad. En ellas se encuentra y conserva la memoria de la propia historia ciudadana, su identidad social y cultural, la ayuda en casos de necesidad, la atención religiosa y cultural, la participación en festividades y celebraciones de diverso tipo. Y son muy plurales en cuanto que en ellas participan personas de distintas ideologías y niveles de formación, resaltando en su avance la importantísima y básica participación de la mujer.

La liturgia, la piedad popular y el magisterio

Como queda anteriormente expuesto, la finalidad religiosa de las cofradías hace que **las autoridades eclesiásticas se interesen por la vida de estas asociaciones**, tan importantes y numerosas en la Iglesia, por lo que, pese a que a lo largo de los siglos han existido y existen dificultades, diferencias y hasta confrontaciones entre dos modos diferenciados de vivir la religiosidad —la una, más intelectualizada, en la que parecía no tener cabida las seculares tradiciones, y la otra, más popular y fiel a sus

raíces— ha sabido ver y valorar la potencialidad de la piedad popular en la común tarea evangelizadora, buscando ambas posturas, fundamental por parte de las hermandades y cofradías, la manera de purificar, adaptar y actualizar sus modos internos a la renovación eclesial, pese a no renunciar a las expresiones externas de su fe.

Ya en el siglo XVI, con el estímulo de la vigésimo primera sesión del Concilio de Trento, se produjo un incremento en el número de cofradías que surgen como instrumento catequético y evangelizador, movimiento popular de defensa de la doctrina de la Iglesia católica frente al protestantismo. Concretamente en Granada, entre 1575 y 1585, se fundan siete nuevas cofradías que se suman a las tres ya existentes, y el arzobispo Pedro Guerrero (Petrus Granatensis) exigió que todas debían tener sus constituciones y reglas aprobadas por su autoridad o la de sus sucesores.

En los siglos posteriores, y hasta el presente, en múltiples ocasiones el magisterio ha manifestado el carácter y el valor positivo de este tipo de asociaciones tan propias de la piedad popular, sin renunciar a la adecuada orientación de sus fines. Durante el siglo XX, los sucesivos papas, desde san Pío X al actual pontífice, han tratado con **interés creciente el fenómeno de la religiosidad popular y su relación con la liturgia y la misión evangelizadora de la Iglesia**, dejando importantes documentos que sería bueno conocer.

Destacan entre ellos la encíclica *Mediator Dei* de Pío XII, el *Discurso a la IX Semana de Arte Sacro* de fecha 27 de octubre de 1961 de san Juan XXIII, la profética exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI, especialmente el número 48 —fue este papa el que llamó a la religiosidad popular «piedad popular», porque, en su opinión, esta expresión sintetiza la tradición religiosa profunda del pueblo cristiano—. San Juan Pablo II trató el tema de la religiosidad popular en abundantes ocasiones, destacando un elenco de referencias en sus dos visitas a Andalucía en 1982 y 1993, así como con ocasión de algunas de las peregrinaciones de hermandades y cofradías a la ciudad de Roma. Particularmente importante fue la homilía que pronunció en la basílica de San Pedro en la celebración del Jubileo del Año Santo de la Redención en 1984 en el marco



de un masivo encuentro del papa con cofradías, la homilía pronunciada en La Serena (Chile) el 5 de 1987 y su exhortación post sinodal *Christifideles laici* de 1988. Muy interesante, igualmente, el contenido del discurso de Benedicto XVI a la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina el 8 de abril de 2011.

Pero no solo los papas han mostrado su interés por las hermandades y cofradías; también el Concilio ecuménico Vaticano II, mediante la constitución *Sacrosanctum concilium*, definió en sus justos términos, en los números 10 al 13, la relación entre la liturgia y la piedad popular, proclamando el primado indiscutible de la santa liturgia y la subordinación a ella de los ejercicios de piedad, aunque recordando la validez de estos últimos, así como «la naturaleza y misión de los laicos en la Iglesia».

En el año 2002, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos hizo público el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, en cuyo decreto se insiste en afirmar,



siguiendo el *Sacrosanctum concilium* (10), el primado de la liturgia como «la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza»; pero añade que, como alimento de la vida espiritual de los fieles, existen también «los ejercicios piadosos del pueblo cristiano», especialmente aquellos recomendados por la Sede Apostólica y practicados en las Iglesias particulares por mandato o con la aprobación del obispo. «Liturgia y piedad popular son dos expresiones culturales que se deben poner en relación mutua y fecunda: la piedad popular, con sus valores simbólicos y expresivos, podrá aportar a la Liturgia algunas referencias para una verdadera inculturación, y estímulos para un dinamismo creador eficaz» (n. 58).

El papa Francisco y la piedad popular

No cabe la menor duda de que para el papa Francisco la piedad popular y su dimensión evangelizadora no son un asunto menor, pues, según ha dicho con claridad, las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñar y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que se debe prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización; y aconseja, para entenderla, acercarse a esta realidad con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor se puede apreciar la **vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos**, especialmente en sus pobres.

El actual pontífice ha pedido proteger la herencia de las cofradías. En audiencia concedida la mañana del 16 de enero de 2023 a los representantes de la Confederación de Cofradías de las diócesis de Italia, les dijo:

Que la riqueza y la memoria de vuestra historia no se conviertan nunca en motivo de repliegue sobre vosotros mismos, de celebración nostálgica del pasado, de cerrazón ante el presente o de pesimismo ante el futuro, sino que sean un fuerte estímulo para reinvertir hoy vuestro patrimonio espiritual, humano, económico, artístico, histórico e incluso folclórico, abiertos a los signos de los tiempos y a las sorpresas de Dios.

Aunque, por otro lado, hay que evitar el peligro de absolutizar, como señala el papa en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*:

No es indispensable imponer una determinada forma cultural, por más bella y antigua que sea, junto a la propuesta del Evangelio. El mensaje que anunciamos siempre tiene algún ropaje cultural, pero a veces en la Iglesia caemos en la vanidosa sacralización de la propia cultura, con lo cual podemos mostrar más fanatismo que auténtico fervor evangelizador.

Siguiendo los consejos del sucesor de Pedro, las cofradías deben evitar ser consideradas como simples manifestaciones externas separadas de las actitudes y hechos coherentes que exige la pertenencia a las mismas y que acreditan la verdad del testimonio creyente que de sus componentes se espera. También se deben evitar los abusos del poder y 'tener', para no convertirlas en instrumentos o fuentes de prestigio social y poder en la sociedad local. Otro tanto puede decirse de los dispendios y gastos abusivos de ostentación, tan en contradicción con el sentido religioso de las imágenes y con el propio Evangelio.

Hay que prestar atención igualmente a la instrumentalización religiosa que puede darse a través de pequeños grupos de fanáticos, de la extensión de supersticiones en relación con un signo o 'milagro' o 'leyenda' relacionados con las imágenes objeto de su devoción. Para evitarlo es imprescindible una permanente vigilancia, tanto interna como externa. Tampoco son positivas la rivalidad o competitividad entre cofradías, ni el peligro de una adoración fetichista de las imágenes sin traspasar su sentido simbólico al quedarse solo en la contemplación estética externa, lo que lleva a una cierta explotación sensiblera y mágica de la fe de los sencillos. Otro de los déficits que hay que evitar es la falta de armonización entre los actos de culto público de la cofradía y las celebraciones más importantes, que son los sacramentos, sobre todo la Eucaristía dominical, pero también el bautismo, la confirmación y el matrimonio.

El papa Francisco ha lanzado su invitación a **articular el camino en torno a tres ejes fundamentales**: en primer lugar, **caminar sobre las huellas de Cristo**, esto es, cultivar la centralidad de Cristo en sus vidas, en la escucha cotidiana de la Palabra de

Dios, en la organización y participación regular en los momentos formativos, en la asistencia asidua a los sacramentos, en una intensa vida de oración personal y litúrgica para que sus antiguas tradiciones litúrgicas y devocionales estén animadas por una ferviente vida espiritual y un compromiso concreto de caridad, sin miedo de actualizar estas tradiciones para que sean comprensibles y accesibles a todos, incluso para los alejados. En segundo lugar, **caminar juntos**: la historia de las cofradías ofrece a la Iglesia una experiencia secular de sinodalidad, que se expresa a través de instrumentos comunitarios de formación, discernimiento y deliberación, y a través de un vivo contacto con la Iglesia local, los obispos y las diócesis. Que sus reuniones de juntas de gobierno y sus cabildos generales no se reduzcan nunca a reuniones puramente administrativas o peculiaristas, sino que sean siempre y sobre todo lugares de escucha de Dios y de la Iglesia, y de diálogo fraterno, caracterizados por un clima de oración y de sincera caridad: solo así podrán ayudar a ser realidades vivas y a encontrar nuevos caminos





de servicio y evangelización. Y en tercer y último lugar, **proclamar el Evangelio**, dando testimonio de fe y caridad, y ayudando a los hermanos y hermanas, especialmente a quienes padecen las nuevas pobrezas de nuestro tiempo.

Una característica de la piedad popular es que está envuelta en un lenguaje cultural, por lo que el ser humano, en su camino hacia Dios, se puede enfrentar con diversas situaciones dependiendo del contexto en que se encuentre (así, por ejemplo, no es lo mismo la piedad popular vivida en Andalucía que en otras partes). Por esta razón la Iglesia busca la inculturación del mensaje evangélico para que sea asimilado y entendido por un mayor número de personas, pero sin perder el contenido, la esencia. En otras palabras: cambia la forma de transmitir el mensaje, mas no el mensaje, porque «Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8). Por consiguiente, la fe tiene que ser la fuente principal de la piedad popular, para que esta no se reduzca a una simple expresión cultural de una determinada región. Más aún, tiene que estar en estrecha relación con la sagrada liturgia, la cual no puede ser sustituida por ninguna otra expresión religiosa.

De la toma de conciencia por parte de las cofradías de su valor, utilidad y responsabilidad social y eclesial, surgen, de un tiempo a esta parte —y proliferan— las celebraciones de congresos, simposios y encuentros donde ponen en común su historia, su realidad y los proyectos de futuro, y de donde suelen extraer interesantes conclusiones.

La tarea evangelizadora de las hermandades y cofradías: los jóvenes

Es muy llamativo el hecho de que, mientras los porcentajes de laicismo en España no paran de aumentar, las hermandades de Semana Santa llevan décadas creciendo sin parar, pues **la piedad popular es un fenómeno vivo que a través de los siglos ha sobrevivido a las adversidades y crisis**, adaptándose a las diversas teologías de cada época, manteniendo sus formas externas y cambiando las interiores, lo que exige no confundir la auténtica tradición —que hay que conservar, cultivar y transmitir— con el tradicionalismo, tantas veces convertido en rutina y en falta de creatividad; además de, sobre todo, tener mucho cuidado de

que no sea instrumentalizada por los partidos políticos que detentan el poder, no en cuanto religiosidad, sino en cuanto popular, convirtiendo la piedad religiosa en cultura popular, propia del pueblo, pero desvinculada de la Iglesia, y más de la jerarquía eclesiástica, pues «todo lo que sea desconectar las expresiones religiosas populares de sus raíces cristianas sería traicionar su verdadera esencia» (san Juan Pablo II).

Escribe Dionisio Borobio en su libro *Hermandades y Cofradías: entre pasado y futuro* que «al pueblo no le sobran ni las Cofradías, ni los ritos ni las manifestaciones de piedad popular: lo que le falta a veces es la fe evangélica, la verdadera comunión eclesial, la relación complementaria con la liturgia, el compromiso permanente en la vida». Está comprobado que **la capacidad evangelizadora de los cofrades es un dique de contención de la secularización**. Prueba de ello es que, en las zonas donde la piedad popular tiene una mayor fuerza y peso, son muchos más los bautizados y los matrimonios sacramentales.

No obstante, y aunque la piedad popular es una realidad que hay que valorar y con la que hay que contar, para que sea fecunda necesita una **urgente reevangelización, compromiso en la vida, integración litúrgica y comunión eclesial**. Y esta es la oferta abierta, no coercitiva, que la cofradía ha de ofrecer a sus miembros a través de la formación catequética permanente impartida por personas capacitadas para tal tarea. Para que los cofrades sean agentes evangelizadores antes deben ser evangelizados, pues quienes han sido verdaderamente evangelizados se convierten, por la fuerza del Evangelio creído y vivido, en auténticos evangelizadores. Y para llevar a cabo esa tarea evangelizadora es imprescindible evangelizar la piedad popular, que es algo que no se consigue cambiando los ritos y prácticas externas, sino mejorando las actitudes y motivaciones que subyacen en ellas, para lo que se hace necesaria la formación de las personas implicadas por agentes evangelizadores que inyecten valores evangélicos.

El principal desafío de las cofradías es afrontar el déficit de formación religiosa que tienen muchos hermanos, que tienen fe, pero no han desarrollado los contenidos, no han crecido ni madurado, por lo



que se necesita una catequesis integradora que les ayude a experimentar la rica vivencia del Evangelio y la haga crecer interiormente.

La Asamblea de Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Granada y Sevilla, en la carta *Las Hermandades y Cofradías*, que se hizo pública el 12 de octubre de 1988, hacían un llamamiento a avivar cofrademente la dimensión apostólica de la fe, apuntando a la necesidad de una reevangelización que precisa de la preparación y formación mediante actividades catequéticas. En ello incidía también el III Sínodo Diocesano de Granada a través de las normas promulgadas en 1993 para la renovación cristiana de las hermandades y cofradías, proponiendo que en el seno de cada una se organicen cursillos para avanzar en la formación religiosa y moral que ayude a asumir los compromisos apostólicos y la misión evangelizadora. Y ya más recientemente, el 14 de junio de 2023, para conmemorar el 30.º aniversario del viaje apostólico de san Juan Pablo II a Sevilla y Huelva, la Asamblea de Obispos del Sur de España ha hecho pública la carta pastoral *María, Estrella de la Evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular*. En ella inciden en la tarea inaplazable, por parte de las hermandades, de una nueva evangelización mediante la transmisión de la fe, la práctica de las obras de misericordia y haciéndose portadoras de esperanza para el pueblo.

Al hilo de todo lo anterior, debemos tener presente que **ninguna institución de la Iglesia cuenta entre sus miembros con un mayor número de jóvenes que nuestras hermandades**. Esto, sin duda, es motivo de satisfacción, pero también es causa de una tremenda responsabilidad de las juntas de gobierno, pues han de facilitarles los cauces y medios de formación necesarios para que, además de buenos cofrades, sean mejores cristianos.

Es conveniente aprovechar el gran poder de convocatoria que las hermandades y cofradías tienen a través de sus grupos jóvenes (costaleros, músicos, etc.), que contrasta con el decaimiento de otras formas de agrupación de los cristianos. Es un hecho que a ellas se acercan no solo personas religiosas o piadosas, sino también personas no practicantes y hasta indiferentes en lo religioso y que, sin embargo, utilizan con sinceridad expresiones típicamente religiosas. Tal vez sea preciso que la Iglesia se



desclericalice realmente para atraer a su seno al joven, pues no en balde **la juventud actual posee un profundo sentido de la igualdad y de la propia dignidad**, que no es otra cosa que la conciencia de ser persona hecha a imagen y semejanza de Dios.

Desde la Santa Sede, el papa Francisco, en su exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, dedica especialmente a los jóvenes una serie de interesantes líneas de acción pastoral en las que hermandades y cofradías, conformadas en torno a un 60% por jóvenes, están llamadas a tomar parte activa, ofreciéndoles la experiencia de acercamiento al Señor y un camino de maduración de la fe. A esto son llamados de un modo particular los grupos de jóvenes cofrades, que se definen como católicos en un 53% y de los que solo el 17% afirman estar influenciados por la religión en algún aspecto de su vida. Es decir, hay muchos jóvenes que se dicen católicos para quienes la religión no influye en absoluto en su vida, lo que induce a pensar que, si bien algunos jóvenes viven con auténtico sentido cristiano su participación en la religiosidad popular, otros muchos ni siquiera creen en Dios o, si de algún modo creen, en esa creencia no parece que busquen la conversión al proyecto de Jesús.

Hay, pues, que plantearse la pregunta: ¿qué busca la juventud cuando pide ingresar en nuestras cofradías? Ya que una cosa es la religiosidad como forma de sentirse parte de un grupo que da señas de identidad, cohesión, estatus y facilita experiencias de confraternización; y otra distinta, la piedad como algo que influye sobre nuestra vida y comportamiento.

El papa Francisco aconseja que, «más que hablar de jóvenes hay que hablar con los jóvenes. Estar con ellos, seguirlos, hacer que broten en ellos preguntas verdaderas y respuestas más bellas». Ese es uno de los fines para los que se creó la Jornada Mundial de la Juventud; y esa es, igualmente, una hermosa tarea para llevar a cabo por nuestras hermandades y cofradías. Palabra clave es acogida: acoger a quienes se acercan, incluso a quienes lo hacen como meros espectadores. Con la acogida, por así decir, nos lo jugamos todo. Una acogida afectuosa, festiva, cordial y paciente. ¡También es necesaria paciencia! Los Evangelios nos presentan a Jesús siempre acogedor hacia los otros que se





acercan a Él, especialmente los sufrientes a causa de la enfermedad, los pecadores y los marginados, por quienes siente predilección. Cuando en el Evangelio se dice que los pecadores acogían a Jesús en su casa y a su mesa, es porque ellos se habían sentido acogidos por Jesús, y esto había cambiado sus vidas. La acogida es realmente determinante para la evangelización. A veces, basta simplemente una palabra, una sonrisa, para hacer que una persona se sienta acogida y querida.

Porque, como señala el pontífice, nada quita la juventud a la Iglesia; antes al contrario, la fortalece, la renueva y la hace fecunda, ya que en esa misma juventud está puesta su esperanza. **Los jóvenes no son solo un terreno de misión de la Iglesia, son también protagonistas de esa misión,** procurando poner a su alcance los valores de la bondad, del amor, de la entrega y del servicio. La juventud está llamada a dar frutos grandes ahora, porque ellos son el ahora de Dios. No obstante, no se deben descuidar los criterios de selección: más que cantidad, calidad; mejor compromiso que adhesiones circunstanciales o temporales. Se echa de menos la preparación y discernimiento sobre los

candidatos y sus motivaciones. Las cofradías han de ser conscientes de que sus procesiones y sus cultos no son un fin en sí mismos, sino un medio para la transformación evangélica de las personas y de la Iglesia y potencialmente de la sociedad.

Las hermandades se asientan sobre tres pilares: la formación, el culto y la caridad, a los que monseñor Gil Tamayo, añade un cuarto: el de la cultura. El arzobispo de Granada aboga por la actualización de las hermandades, «que no pueden anquilosarse en el pasado». Una buena formación teológica y espiritual garantiza un adecuado testimonio de vida cristiana.

El diputado o vocal de formación de la junta de gobierno de cada hermandad o cofradía y el director espiritual o consiliario serán las personas que organicen y velen por hacer llegar a los hermanos la importancia de acudir y participar de los ciclos de formación previstos. Deberán promover la formación espiritual y humana de los hermanos, teniendo en cuenta los distintos grupos dentro de la corporación y adaptando los distintos temas según edad, función del hermano en la cofradía y objetivos a alcanzar, entre otros aspectos, colaborando con los organismos competentes de la Iglesia. Asimismo, en unión con las parroquias, y aprovechando la gran afluencia de jóvenes a estas asociaciones, es conveniente ofrecer un plan de catequesis para recibir los sacramentos, fundamentalmente los de iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), sin descartar los otros cuatro, si se diera la ocasión.

A la hora de incorporar nuevos hermanos, son muy importantes y determinantes las charlas que se organicen para acogerlos. También se pueden desarrollar planes formativos en línea, a través de las webs de las hermandades y grupos de Whatsapp. Es una labor tan apasionante como dificultosa, pero muy necesaria, en que deben implicarse también las agrupaciones, federaciones o asociaciones cofrades de cada población.

Es innegable que las procesiones tienen varias connotaciones —religiosa, turística, cultural o las tres a la vez—, pero sin renunciar a su esencial sustrato básico religioso. Potenciarlo hará que la impresión dejada en los cientos de miles de personas que contemplan su discurrir sea más evangélica que



artística o cultural, algo para lo que las hermandades y cofradías están llamadas a ser instrumentos en todo momento, y más en una sociedad que se seculariza rápidamente. Los miembros de estas asociaciones públicas de la Iglesia católica no deben olvidar en ningún momento que nuestra fe lo que celebra es la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Sin la última, no tienen sentido las otras dos.

Un gran cofrade y pregonero de la Semana Santa granadina, el padre Enrique Iniesta, dijo que las hermandades y cofradías son como un «octavo sacramento o sacramento de los alejados o un sacramental para los sencillos y la fe frágil». Por su lado, monseñor Teodoro León ha declarado recientemente que el Evangelio es para todos, cercanos y alejados. Y esa es la tarea de colaboración a la que están llamadas las hermandades y cofradías en el seno de la Iglesia con los medios a su alcance.

Cuanto más olvido, oposición, negación y apartamiento de Dios y de la fe se dé en la sociedad, mayor será la obligación de manifestarlo vivo y verdadero, presente y operante en nuestras vidas, con nuestras obras y, además, con nuestras cofradías en la calle, pues tales adversas circunstancias —dijo san Juan Pablo II— no demuestran sino que nuestra misión es «más necesaria y operante que nunca». El papa Francisco, en la homilía de la misa de la Jornada de las cofradías y de la piedad popular, el 5 de mayo de 2013, añade:

La piedad popular es una senda que lleva a lo esencial si se vive en la Iglesia, en comunión profunda con vuestros Pastores. Sed también vosotros auténticos evangelizadores. Que vuestras iniciativas sean puentes, senderos para llevar a Cristo, para caminar con él. Y, con este espíritu, estad siempre atentos a la caridad. Cada cristiano y cada comunidad es misionera en la medida en que lleva y vive el Evangelio, y da testimonio público del amor de Dios por todos, especialmente por quien se encuentra en dificultad.

Como dijo monseñor Cobo Cano, «esta época reclama anunciar la fascinación del Evangelio a una ciudad y a un pueblo y a una gente sedienta de él». La tarea de los cofrades, como seguidores de Jesús, consiste precisamente en sembrar esa semilla, en introducir la levadura en la masa de la sociedad como pequeño «fermento» de una vida más digna, fraterna y humana. En opinión de nuestro arzobispo,

Gil Tamayo, las cofradías sirven como un antídoto contra la creciente amenaza del laicismo porque «meten el sentido religioso en la vida del pueblo».

Para concluir este artículo, no me resisto a dejar constancia de una oportuna cita de quien fue mi profesor, el sacerdote Antonio Jiménez Ortiz: «Las Hermandades y Cofradías deben tomar conciencia de su capacidad evangelizadora como auténticas comunidades, potenciando el compromiso creyente de sus miembros, dentro y fuera de su ámbito, y haciendo discernimiento cristiano sobre su realidad histórica y presente». Todo ello —añado personalmente— para encarar un futuro en el que estamos llamados a ser protagonistas de un anuncio creíble del Evangelio dando testimonio de fe con nuestras procesiones, nuestros actos litúrgicos y nuestra labor asistencial.



NO-SION

RESTAURANTE







SEMANA SANTA DE GRANADA, CINCO SIGLOS DE HISTORIA

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz

En su etapa actual la Semana Santa de Granada, bajo la **fórmula de cofradías**, es la heredera directa de la procesión del Santo Entierro (que llegó a tener hasta nueve pasos en la década de 1910) y se abre con la procesión del Santo Vía Crucis en 1917. Desde entonces se han sucedido tres etapas fundacionales hasta conformar el número de **treinta y dos hermandades penitenciales**, si bien algunas de ellas tienen orígenes muy antiguos y otras recogen el testigo de las fundadas en la época barroca, que les sirven de antecedente.

Los orígenes de las cofradías penitenciales

En Granada la Semana Santa se implanta como consecuencia de la conquista de su reino, que lleva aparejado un **proceso de recristianización**. En el origen de las cofradías penitenciales granadinas se

encuentran colectivos en parte relacionados con las elites conquistadoras, como los «montañeses» —cristianos viejos— de la hermandad de Nuestra Señora y San Roque, los hortelanos y otros grupos de burócratas y oficios. Las tres **hermandades más antiguas** tienen sus orígenes antes de mediar el siglo XVI y aparecen **ubicadas en ermitas**, que fueron lógicamente los referentes devocionales de más pronta construcción. Así ocurrió con la Vera Cruz, que se fecha antes de 1540 (sus reglas fueron aprobadas en 1547), con la presencia de esos montañeses, establecida en su pequeño hospital del barrio de la Magdalena. En 1545 veinte hortelanos fundaban la de las Angustias en el paraje de las Tinajerías, donde el Darro se funde con el Genil, en una ermita que databa de la época de los Reyes Católicos en la cual se veneraba un cuadro de la Quinta Angustia donado por la reina Isabel. En 1548

«AQUELLA ANIMADA SEMANA SANTA DE LOS AÑOS 20 [...] APOSTÓ POR VALORES QUE EN ADELANTE SERÍAN SANTO Y SEÑA DEL DEVENIR COFRADE GRANADINO: LA BELLEZA DE SUS PAISAJES. LA CALIDAD DE SU IMAGINERÍA PROCESIONAL. Y UN PRETENDIDO CLIMA DE AUSTERIDAD.»



ya existía en su ermita la Hermandad de Nuestra Señora de la Cabeza, que es el origen de la Cofradía de la Soledad; por entonces tenía por advocación Cabeza y Soledad.

Esas cofradías constituyen el germen fundacional de la Semana Santa granadina, procesionando en la noche del Jueves Santo (Vera Cruz, Angustias) y en la tarde del Viernes Santo (Soledad y Entierro de Cristo). Sobre ellas creció el **interés de las órdenes mendicantes**, cuyos frailes conectaban a la perfección con las manifestaciones de la piedad popular, un campo privilegiado de su acción pastoral. Por eso, acabaron abandonando sus antiguas sedes para radicar en conventos masculinos: la Vera Cruz, mediante escritura de concordia, en el convento Casa Grande de los franciscanos observantes a partir de 1564; la Soledad, en el convento del Carmen de frailes calzados que había surgido en 1572 en torno a la antigua ermita de la Cabeza.



AOE

No ocurrió así con las Angustias, cuya práctica procesional en Semana Santa quedaba sancionada por sus reglas en 1556. Se mantuvo sólidamente en su ermita, ampliada gracias a la concesión real de terrenos en 1567 (tras la llegada ‘prodigiosa’ a Granada, acaecida alrededor de 1560, de la imagen mariana ligada estilísticamente al arte de Gaspar Becerra), en el lugar donde hoy se levanta su suntuosa basílica. Comenzaba tempranamente la **protección regia sobre las cofradías granadinas**. Precisamente el arzobispo de Granada, en vista del auge de esta devoción mariana, elevó su ermita al rango de parroquia en 1609. Por tanto, siempre ha permanecido en el mismo lugar y, tras siglos de carácter penitencial, su hermandad (también sacramental y hospitalaria) dejó en el siglo XIX el ámbito de la Semana Santa para adquirir su definitiva **condición patronal**, con suntuosas celebraciones en el mes de septiembre. Las tres hermandades citadas, junto a la del Santo Crucifijo y Sangre, gozaron antes de finalizar el siglo XVI de la **agregación a basílicas y archicofradías romanas**, fuente de inmenso prestigio. Una efímera Hermandad de las Cinco Llagas residió en el hospital de San Juan de Dios hacia 1556.



Al concluir la guerra de las Alpujarras, la Semana Santa de Granada sufre una auténtica eclosión, con el indudable **protagonismo de las órdenes religiosas**. De hecho, todas las nuevas cofradías penitenciales van a surgir alentadas por comunidades de religiosos. En torno a 1571 aparece la Cofradía de Santo Crucifijo, Sangre de Cristo y Ánimas en el convento dominico de Santa Cruz la Real, así como la Inspiración de Cristo en el de frailes calzados de San Agustín (después de 1576), la Sangre de Jesucristo en el convento de la Merced calzada (1578) y la Humildad y Columna de Cristo en el convento de mínimos de la Victoria, la Sagrada Pasión en el convento de la Trinidad calzada y Jesús Nazareno y Santa Elena, fruto ya de la descalcez carmelitana, radicada en el convento de los Mártires (las tres datan 1579). Les siguen ya en la década posterior la Oración del Huerto en los franciscanos terceros del cenobio de San Antón, y la Encarnación y Paciencia de Cristo, de negros y mulatos (esta en una parroquia). Los datos de archivo disponibles sobre esta etapa nos hablan de un auténtico *boom*, con **hermandades que rozaban el millar de hermanos** y una intensa práctica de las **obras de caridad y misericordia**. Hay que sumar el broche tardío de esta etapa, en 1616: la Hermandad del Entierro de Cristo y Nuestra Señora de las Tres Necesidades, en la parroquia de Santiago, aunque décadas después se trasladó a la de San Gil.

Aquellas cofradías coparon la jornada del **Jueves Santo** (Vera Cruz, Angustias, Santo Crucifijo, Sangre de Cristo) y también la del **Viernes Santo** (Jesús Nazareno al amanecer, Pasión de Cristo por la mañana y, ya por la tarde, Inspiración —esporádicamente, la Encarnación y Paciencia de Cristo—, Tres Necesidades, Soledad). El **Miércoles Santo** albergó a la Humildad y la Oración del Huerto. Diez de las doce cofradías penitenciales granadinas seguían el modelo de **procesión de disciplina y sangre**, que había introducido la decana de la Vera Cruz, con sus hábitos blancos teñidos de rojo por efecto de la autoflagelación, mientras que la del Nazareno, inspirada por san Juan de la Cruz, organizaba el cortejo con **hermanos portando cruces** y la de las Tres Necesidades introducía el modelo solemne de **procesión de entierro**, solamente con hermanos de luz y, eso sí, con presencia de numeroso clero y de elementos simbólicos e historicistas, junto a una amplia representación de la ciudad, preámbulo de la procesión barroca.



La Semana Santa, de la barroquización a la atonía decimonónica

Las cofradías penitenciales de Granada sufrieron los **embates de la autoridad eclesiástica**, como fue el mandamiento del arzobispo Méndez de Salvatierra y, sobre todo, el proceso de reducción de hermandades de Pedro de Castro (1597), entre otras razones por la mala praxis de los disciplinantes. Esta y otra suspensión posterior (1631) se cebaron con el grueso de las penitenciales, respetando siempre a las tres más antiguas (Vera Cruz, Angustias y Soledad). La crisis general de mediados del siglo XVII afectó negativamente a la vida de las hermandades, aunque la mayoría la superaron. Por entonces la **imagen sagrada ocupaba el lugar central** en las estaciones de penitencia, que visitaban distintos templos, aunque sin un itinerario común para todas; esto dio ocasión a conflictivos encuentros de procesiones en la calle, que solían resolverse, no sin violencia, por criterios de antigüedad.

Las primeras **imágenes procesionales**, salvo alguna anterior, se deben a las gubias de Pablo de Rojas,



con modelos como Jesús azotado, con la cruz a cuestas o el Crucificado; casi un siglo después, la figura predominante sería José de Mora, del que se cumplirán trescientos años de su muerte en 2024, quien consolida la iconografía pasionista. La **escuela escultórica granadina** es hasta hoy seña de identidad de su Semana Santa. La importancia de la imagen procesional propició el encargo de andas cada vez de mayores dimensiones y la **presencia de horquilleros** para portarlas, que ya se constatan con ese nombre desde la década de 1660. Poco después se añadieron a la nómina cofrade **nuevas fundaciones**: Nuestra Señora de la Consolación (1677), que vino a completar el cortejo penitencial de la Vera Cruz a modo de hermandad filial, y Jesús de las Tres Caídas (1680), impulsada por los cocheros de la ciudad, un colectivo marginado que de este modo cobraba una relevancia simbólica; ambas radicaron en el convento de San Francisco Casa Grande, de franciscanos observantes. Los elementos figurativos, históricos y alegóricos propios de la **teatralidad del Barroco, traducida en distintas escenificaciones**, acabaron arraigando en todas las cofradías, que ofrecían escenas coloristas a un público deseoso de novedades e inclinado a la fascinación.

El siglo XVIII, además de las **prohibiciones gubernamentales de disciplinantes y empalados** y las **normativas eclesiásticas restrictivas** (respecto al anonimato de los penitentes, a las representaciones escénicas, a la profusión de elementos profanos, a los soldados romanos o a las características **chías del Viernes Santo, exclusivas de Granada**), supuso en gran medida la continuidad barroquizante. E incluso se constata la presencia de **nuevas cofradías en sedes conventuales**, que en realidad son escisiones o herencia de otras más antiguas. En 1791 figuraba en el Martes Santo la de Jesús Nazareno (hortelanos) del convento de la Trinidad, el Miércoles el Nazareno del convento de la Merced (cenacheros), el Jueves las Angustias y las Tres Caídas, y el Viernes el Entierro de Cristo, procesión en cuya organización por entonces se alternaban cada año la Soledad y las Tres Necesidades, merced a una concordia siempre discutida, como lo muestra el sonado pleito de 1777 por cuestiones de etiqueta que se entendían como una **defensa a ultranza de la autonomía de las hermandades**. Eran pocas cofradías, si bien con un buen número de pasos, en 1791 se contaron dieciocho: el Nazareno, el Crucificado y el Yacente,



la Virgen y San Juan, pero también la Oración del Huerto, la Columna, la Humildad, las Tres Caídas o las Angustias de María, devoción preferida entre todas por los fieles granadinos. La autoridad real se estrechó sobre el mundo cofrade y en Granada contaba como agente principal con el **tribunal de la Chancillería y su Real Acuerdo**, que encarnaba a la propia persona del rey. Precisamente por la política gubernamental, muchas cofradías se vieron obligadas a **renovar sus reglas y obtener el regio beneplácito**.

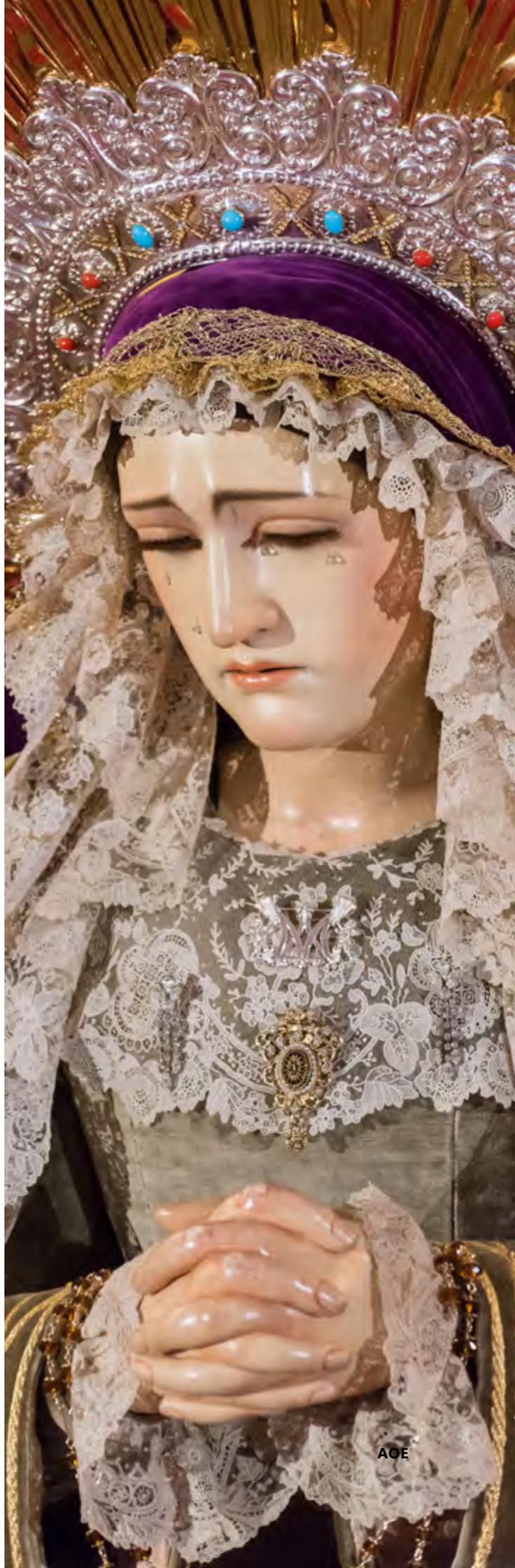
Tras el paréntesis de la invasión napoleónica, las cofradías granadinas quedaron muy debilitadas. Muchas, residentes en conventos masculinos, no lograron superar el trauma de las desamortizaciones. Aun así, perseveraron en el tiempo y en la práctica procesional, cuando era posible: la del Entierro (en Santa Ana) y la de la Soledad (en Santa Paula), inaugurando una costumbre poco habitual, pero muy arraigada en Granada, la **radicación de hermandades en conventos de monjas de clausura**, que hoy se muestra hasta en ocho casos. Aparte estaba la de las Angustias, ya oficialmente reconocida como hermandad patronal en 1887. La época de la Restauración abría nuevas posibilidades para las procesiones, pero más **bajo los auspicios de comisiones organizadoras** que con fórmulas cofrades. Desde luego, Granada no había perdido la memoria de sus procesiones penitenciales. Y el auge de lo regional y lo local, ya a inicios del siglo XX, recuperó para la Semana Santa procesional un amplio elenco de **obras maestras de la imaginería** sin una vinculación penitencial previa o, si acaso, como titulares de hermandades de otra índole, pero que hoy son imágenes de la Semana Santa ampliamente reconocidas. Era la época del **Santo Entierro Antológico, un modelo de procesión oficial y única, síntesis de la Pasión**, que transcurría en la tarde del Viernes Santo. Este modelo ya se había impuesto en Madrid en 1805 y a lo largo de la centuria decimonónica se extendió por muchas ciudades. El Santo Entierro granadino adolecía de fervor cofrade, pero durante su existencia (1908-1924), no exenta de altibajos, gozó del aplauso del público, reforzó el **tipismo de las procesiones por calles y plazas**, y en él se implicaron instituciones como el Centro Artístico o la Adoración Nocturna, así como populares bandas de música, contando con el beneplácito arzobispal.



La eclosión cofrade del siglo XX: la Semana Santa actual

Sucumbió esta experiencia al impulso cofrade. En los **años veinte** era ya una realidad en Granada, con el precedente de la albaicinera Hermandad del Santo Vía Crucis, que se puso en la calle en 1917; por eso se la considera la decana entre las integradas en la Federación de Cofradías. Huelga decir que aquella animada Semana Santa de los años 20, que llegó a ocupar **todas las jornadas procesionales** (de Domingo de Ramos a Domingo de Resurrección), apostó por valores que en adelante serían santo y seña del devenir cofrade granadino: la belleza de sus paisajes, en especial los barrios antiguos de la ciudad; la calidad de su imaginería procesional, y un pretendido **clima de austeridad y recogimiento** que acompañaba a la presencia de los pasajes de la Pasión por las calles de Granada. En cadena se produjeron las **doce primeras fundaciones cofrades** que estrenaban la actual Semana Santa de Granada: Vía Crucis (con cofradía ya aprobada en 1922), Cristo de la Misericordia y Santo Sepulcro (1924), Soledad y Rescate (1925), Humildad y Santa Cena (1926), Rosario y Esperanza (1927), Alhambra y Favores (1928), con el colofón de la Expiración en 1935. En muchos casos se trataba de cofradías de un solo paso, que con el tiempo añadieron otro segundo, conformando la **fórmula cofrade más habitual de dos pasos, de Cristo y Virgen respectivamente**. Se recuperaban procesionalmente, como se apuntó, obras valiosas de la escuela barroca y se sumaban las de reconocidos autores del momento, como Espinosa Cuadros (Borriquilla, Santa Cena), destacando en la confección de 'tronos' los reputados talleres de Navas Parejo o Luis de Vicente. Como quiera que las procesiones iban en ascenso, en 1927 se constituyó la **Federación de Cofradías de Semana Santa de Granada**, órgano encargado hasta hoy de la coordinación de las procesiones. Aunque hubo casi una decena más de iniciativas fundacionales, no llegaron a prosperar.

Aquella esplendorosa Semana Mayor, como ocurrió en todo el país, se cortó en seco con el advenimiento de la II República. En Granada no hubo procesiones por las calles en 1932, ni en 1933 ni en 1934; aunque sí hubo una procesión por el interior de la Catedral el Viernes Santo de esos años de incertidumbre. Las procesiones de 1935 fueron un espejismo, que dio



paso a la zozobra de los años de guerra. Aunque sin procesiones en las calles, la ciudad de Granada sufrió poco en lo que a destrucción del patrimonio artístico se refiere, con la salvedad de las iglesias albaicineras de San Nicolás, San Luis y el Salvador, entre 1932 y 1936. En esta última perdió muchos de sus enseres la cofradía del Vía Crucis. Sí se mantuvo el fervor popular en la cita del **Viernes Santo a las tres de la tarde en el Campo del Príncipe** que, con precedentes antiguos, se había oficializado desde el año 1926.

El inminente fin de la Guerra Civil a comienzos de abril de 1939 no permitió la celebración de procesiones ese año, aunque la vida de las hermandades ya fluía con una **euforia renovada**. Los años 40 fueron años de penuria, pero a la vez de fervor cofrade. En Granada se recuperaron todas las hermandades fundadas años atrás y se sumaron otras nuevas en una **segunda oleada fundacional**, de nuevo con **el Albaicín y el Realejo, junto a otros barrios del centro**, como protagonistas: Cristo del Consuelo (1939), Dolores (1940), Oración en el Huerto (1943), Sentencia (1944), Aurora (1945, con aprobación tres años más tarde) y Entrada en Jerusalén (1947), tras estar presente este paso en la Semana Santa de Granada, bien que de forma intermitente, desde hacía tres décadas. Ya en los 50 quedaron incorporadas las hermandades de la Buena Muerte (1953) y la Paciencia (1959), hasta alcanzar la cifra de veinte corporaciones nazarenas. Efímera fue, en cambio, la trayectoria de la llamada hermandad 'de los Estudiantes' (1953-1956). Las aportaciones de la escuela granadina del momento, en especial las de Sánchez Mesa (Oración del Huerto, Expiración), se sumaban a las de un elenco ya más que notable de imagineros, algunas de cuyas obras maestras conforman la **impronta artística de la Semana Santa de Granada**, como Diego de Siloé, Pablo de Rojas, Pedro de Mena, José de Mora y su escuela, José Risueño, Torcuato Ruiz del Peral o Manuel González.

El clima de nacional-catolicismo fue un acicate para estas celebraciones, aunque a la larga acabara por perjudicarlas. Cuando en la Iglesia corrieron aires de renovación, el mundo cofrade había quedado, en gran medida, estancado en parámetros tradicionales. La **crisis económica de los años setenta** no hizo más que agravar su inmovilismo. El coste de pagar

a los costaleros es solo la punta del iceberg de las dificultades que atravesaban, a las que se añadía una falta de compromiso de la sociedad granadina que no auguraba tiempos mejores. En 1975 la nómina cofrade se vio mermada por esas dificultades: solo trece cofradías procesionaron. Por entonces, las hermandades sobrevivían gracias al esfuerzo de cofrades eminentes, que en muchos casos asumían en persona buena parte de las obligaciones materiales de su hermandad. Pero no tardaría en llegar el revulsivo que todos esperaban, y de este modo Granada —como el resto de Andalucía— se sumó **al despertar de los hermanos costaleros**, que ya eran una realidad a finales de los setenta; en 1982 había desaparecido la figura del costalero a sueldo.

Llego entonces la **tercera oleada fundacional del siglo XX** en la Semana Santa de Granada, la última conocida hasta ahora. Doce nuevas hermandades se fueron sumando en el transcurso de poco más de una década, aunando las surgidas en barrios que ya eran cofrades con otras que sumaban a





la Semana Mayor nuevas barriadas, en algunos casos con una pujanza incontestable (Zaidín). Así surgieron Concepción (1977), Estrella y Cofradía Universitaria (1979), Encarnación y Jesús Nazareno (1981), llegando la hora del Zaidín con la aparición de Redención y Lanzada (1983), Resurrección (1985) y Luz (1986), precedida esta, también en un barrio de nueva incorporación, por el Resucitado de Regina Mundi (1985), y cerrando la nómina cofrade granadina la fundación de Jesús Despojado (1986) y la revitalización del Cristo de San Agustín (1988), sobre la base de una hermandad votiva que data de 1680.

De este modo se completaba el elenco procesional, pues las iniciativas surgidas en los últimos treinta años en distintos barrios aún no han cristalizado en nuevas fundaciones. Se enriquecía de nuevo el capítulo de la imaginería procesional, que hoy se dilata desde las primeras décadas del siglo XVI (Jacobo Florentino) hasta autores recientes, como Dubé de Luque, Álvarez Duarte, Ramos Corona, Israel Cornejo o González Jurado, contando también con la imaginería contemporánea de los granadinos Barbero Gor, Díaz Fernández, Espinosa Alfambra o Zúñiga Navarro. Un patrimonio de indudable calidad para los **sesenta pasos que conforman a día de hoy la Semana Santa de Granada**.

Desde luego, deslumbran en las calles de la ciudad de la Alhambra y de los dos ríos Darro y Genil, entre otras **escenas con un marco incomparable**, la de Jesús entrando en Jerusalén por la puerta de Elvira, los pasajes de la Pasión (Sentencia, Cruz a cuestras, Crucificado, Dolorosa) por la Carrera del Darro al pie de la Colina Roja, o el Cristo del Consuelo entre las hogueras del Sacromonte gitano, mientras el Cristo de los Favores expira en el Campo del Príncipe a las tres de la tarde (junto a la Soledad de Nuestra Señora) o la Virgen de las Angustias se recorta bajo los arcos árabes de la fortaleza nazarí. Pero esto es tan solo la carta de presentación de **un mundo cofrade que ha madurado con el paso del tiempo**, que celebra con esplendor las efemérides de cada cofradía, que cuida con celo su patrimonio artístico y musical, que ha incorporado masivamente a la juventud y se mueve ágilmente por las redes sociales, abriéndose a los medios de comunicación, que afirma con creciente rotundidad su identidad eclesial, que ha renovado reglas y estatutos incorporando nuevas

vocalías e interesantes apuestas pastorales, que ha hecho suya con fuerza la **práctica de la caridad**, con notables iniciativas particulares, pero también colectivas, como el Economato Santa María de la Misericordia.

Unas hermandades que han optado por no dar la espalda a la riqueza de su historia y, a la vez, **comprometerse con el futuro**, pues nuestras asociaciones cofrades, de laicos, significan la **manifestación renovada de un sentimiento antiguo**, la **expresión de un sentido de pertenencia e identidad** y el **compromiso social** con Granada y su entorno, a lo largo de cinco siglos de vida.

Para profundizar pueden consultarse:

CÓRDOBA SALMERÓN, Miguel, SANTOS MORENO, M.^a Dolores y LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Juan Jesús (eds.). *La Semana Santa de Granada a través de su escultura procesional*. Granada: Ámbito Cultural, 2002.

CRESPO MUÑOZ, Francisco Javier y VALVERDE TERCEDOR, José María (coords.). *La Semana Santa de Granada: un recorrido por siglos e historia*. Granada: Delegación de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Granada, 2018.

LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Juan Jesús. *Imágenes elocuentes. Estudios sobre patrimonio escultórico*. Granada: Atrio, 2008.

LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis y Juan Jesús. *Historia viva de la Semana Santa de Granada. Arte y devoción*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2002.

PADIAL BAILÓN, Antonio. *La Semana Santa de Granada a través de la Federación de Cofradías*. Granada: Federación de Cofradías, 2002.







ANECDOTARIO COFRADE GRANATENSIS

Tito Ortiz López · Cronista oficial de la Ciudad de Granada

La década de los setenta del siglo pasado, la Semana Santa de Granada vivió lo peor y lo mejor de su historia. Primero fue la decadencia total, con hermandades que no salían para hacer su estación de penitencia, cortejos ridículos en otras, con hábitos rabricortos, manchados y zapatillas de deporte de lona azul marino, sin guantes y el capirote doblado; a lo que se añadía la espada de la autoridad eclesiástica, que no permitía entrar en la Catedral a las hermandades, obligándolas a quebrantar sus estatutos, donde reza que la salida de penitencia solo se justifica si se hace hasta el interior de la santa iglesia catedral metropolitana. Actitud de la Iglesia instituida tan incomprensible dio lugar a uno de los hechos anecdóticos más singulares de las cofradías

granadinas: la realización de un mazo de madera, bien ornamentado, que la hermandad de las Penas hacía portar en el cortejo sobre un cojín de terciopelo bellamente engalanado; de modo que, cuando el desfile penitencial llegaba a las puertas catedralicias, el hermano mayor asía el martillo con fuerza y golpeaba tres veces la cancela de la seo que impedía el paso a un templo con las luces apagadas y las puertas cerradas, como si con ellos no fuera la Semana Santa. Protesta tan sutil jamás imaginada, o petición clemente de que la Iglesia se diera por enterada de que la Semana Santa existía en Granada desde el siglo XV y que el respaldo eclesiástico en otras provincias era muy distinto, a favor de las hermandades.

«PERO EL MILAGRO PARA LEVANTAR LA SEMANA SANTA DE GRANADA SURGIÓ DE UNA JUVENTUD QUE DE PRONTO TOMÓ CONCIENCIA DE QUE HACÍA FALTA SU COLABORACIÓN PARA SOLUCIONAR EL CONFLICTO.»



JCM

La situación llegó a ser tan alarmante que el propio Consejo de Hermandades sevillano abrió una cuenta corriente en una entidad bancaria de la calle Sierpes, para salvar la Semana Santa de Granada. La cosa pintaba mal, a lo que se unía el chantaje continuo de los costaleros profesionales, cuyas exigencias económicas dieron más de un disgusto a las juntas de gobierno, que se vieron con los pasos a tierra en mitad del recorrido si no se accedía a las exigencias de aquellos y que nada tenían que ver con lo pactado para el recorrido.

Pero el milagro para levantar la Semana Santa de Granada surgió de una juventud que de pronto tomó conciencia de que hacía falta su colaboración para solucionar el conflicto. Esa juventud se puso una camiseta, una faja, calzó alpargatas de esparto y se metió debajo de los tronos para desplazar a los profesionales con la mejor de las acreditaciones: se convirtieron en cofrades costaleros, llegando incluso a fundar nuevas hermandades que sirvieron de revulsivo para recuperar las que ya no salían. Y desde entonces, la Semana Santa de Granada es otra muy distinta.



JVF



El Sota

Aquella era una noche más de verano en la taberna de El Sota, en el barrio del Realejo, donde se daba cita la emergente costalería de Granada, principalmente de la Santa Cruz y de la Concha, con marchas cofrades a toda pastilla en el radiocasete y las copas finas posadas sobre la barra. Al dar las doce, José Ocaña bajó la persiana del local para cumplir con la normativa de los ruidos; se salió de la barra, dejando a cargo de escanciar a Jesús Ortiz, cofrade número uno de la Concepción, y se unió a la reunión de una treintena de costaleros de primer orden, aunque lo que reinaba en el local eran los efluvios y proyectos ilusionantes de la nueva Semana Santa de Granada.

El volumen de la charla iba en aumento y el de la música cofrade también, así que a eso de las tres de la madrugada, ignorando que el vecino del tercer piso había llamado a la policía para que acabara con el tumulto, los allí convocados subieron a la mesa de billar a José Carranza, el Willy, cofrade y capataz de reconocido prestigio, descolgaron la cortina alpujarreña que daba acceso al patio interior del local, se la echaron por encima a modo de clámide, le juntaron las manos a la cintura haciéndole sostener la caña de la escoba y, a la voz de «¡Vámonos abriendo calle!», alguien levantó la persiana. La mesa de billar salió en volandas hacia el exterior, con el Willy encima, y a los sonos de *Nuestro Padre Jesús* aquel trono improvisado, a hombros de nuevos costaleros, se hizo a las calles del Realejo con euforia y regocijo. Lo que no esperaban los protagonistas de tan inusual procesión es que, al llegar a la plaza de Fortuny, un coche de policía con dos agentes y las señales luminosas activadas iba a parar el cortejo en seco, deteniendo el tráfico rodado para permitir que los componentes de la procesión dieran la vuelta al paso y regresaran a 'su templo', ante el regocijo del vecino del tercero, que observaba la escena desde el balcón, relamiéndose de la tremenda sanción que nos caería encima.

Puesto que dos policías y un solo coche patrulla no eran suficientes para detener a más de tres decenas de criaturas, el Willy y yo decidimos hacernos responsables, siendo detenidos e introducidos en el coche patrulla, mientras el vecino aplaudía desde el balcón. Lo que nunca supo el denunciante es



que los policías, lejos de trasladarnos a comisaría y ponernos a disposición judicial, nos llevaron a nuestra casa, sin mayor repercusión sancionadora. Ambos eran costaleros de los nuestros.

Saetas

Hay de antiguo la costumbre de que, al paso de alguna imagen sobre trono, el mundo del flamenco rinda pleitesía a lo representado y aborde la ejecución de un cante por saetas. Durante mucho tiempo, en Granada hubo un cantaor especializado en este palo flamenco, que se prodigaba mucho en su interpretación, haciendo muy popular una letra en la que se le daba una patada en los riñones a la Historia Sagrada. El asunto venía de antiguo e incluso hay grabaciones de este error. La saeta decía que Moisés y su hermano Aarón fueron a pedir clemencia a Pilatos, para que perdonara a Jesús. Lo que nadie advirtió durante muchos años es que el asunto era del todo imposible, si tenemos en cuenta que tanto Moisés como su hermano nacieron catorce siglos antes que Jesús.

Al final de la década de los setenta del siglo pasado, en plena transición democrática, hubo un cantaor que con cierta frecuencia —pero solo a las imágenes de su devoción— se prodigaba en la interpretación de valientes saetas. En aquellos tiempos reivindicativos políticamente, las letras también se impregnaron del aire de libertad reinante en la sociedad. Este cantaor solía interpretar una saeta en la que, en su tercio final, decía: «...A los ciegos dales vista, y a los presos libertad». El caso fue que, en lugar muy concurrido y ante una imagen muy venerada, el cantaor, afligido por la responsabilidad de la ejecución ante el público, y ante el silencio sepulcral que se hizo nada más escuchar su voz cantaora, atenazado por los nervios, alteró el orden de la letra inconscientemente, para finalizar diciendo: «...A los presos dales vista, y a los ciegos libertad».

Figuras vivientes

Granada también tiene en su Semana Santa una larga tradición de que formen parte de algunos cortejos figuras representativas de los años treinta de nuestra era. Un ejemplo clásico son las escuadras de romanos que, con algunos años alternos de ausencias, han formado parte del cortejo de la





AOE

hermandad oficial de la Semana Santa de Granada. A ellos se refirió en su día el mismísimo Federico García Lorca en lo que podríamos considerar como el primer pregón radiofónico de la Semana Santa de nuestra ciudad, pronunciado en una emisora madrileña. En su discurso, Federico advierte de cómo ensayan la marcialidad requerida para la ocasión, días antes de la Semana Santa, en la calle de la Colcha, un puñado de mozos de cuerda de la tercena y la pescadería que, en la tarde del Viernes Santo, acompañarán al paso del Entierro revestidos de soldados romanos; y cómo acompasan el desfile, golpeando en el suelo con la contera de las lanzas.

Pues bien, en los albores de esta nueva Semana Santa se desplazaron desde un pueblo del cinturón una veintena de voluntariosos vecinos que, ataviados con unos leotardos marrones y zapatillas deportivas de lona blanca, más petos de plástico, ya de por sí resultaban grotescos para acompañar el paso más serio y solemne de nuestra Semana Santa.

Pero el asunto no quedó ahí, porque ya se sabe que todo es susceptible de empeorar: cuando la citada escuadra de romanos daba sus primeros pasos en plaza Nueva, acompañando al Señor en la urna, el



que hacía las veces de centurión advirtió que uno de los componentes no desfilaba con la seriedad y marcialidad requeridas para dar visos de realidad a lo representado. Así que se aproximó a él y le requirió para que desfilara con mejor talante. Al aludido no le debió sentar bien aquella advertencia, porque inmediatamente se comenzaron a escuchar voces altisonantes plagadas de insultos, ante la sorpresa del gentío que hasta entonces solo escuchaba la marcha fúnebre que interpretaba la banda municipal. La cosa fue a peor, y de los insultos pasaron a las manos, utilizando las propias lanzas que portaban, pasando los participantes en la trifurca de los dos primeros protagonistas a la casi la totalidad de los componentes de la escuadra, hasta el punto de que tuvo que intervenir la policía, dando como resultado del incidente varios heridos atendidos en el Clínico, y otros tantos detenidos en comisaría.

«¡Abran paso!»

En 1928 se fundó la Hermandad de Santa María de la Alhambra, en el seno del monumento nazarí; pero pronto surgieron ciertas desavenencias entre sus fundadores, lo que originó que una escisión de estos bajara la cuesta de la Cremallera, para fundar otra hermandad en la parroquia realejeña de San Cecilio, patrón de Granada. Así surgió la Cofradía del Santísimo Cristo de los Favores y María Santísima de la Misericordia.

La rivalidad y las tiranteces entre los miembros de ambas corporaciones no desaparecieron hasta años más tarde, como lo demuestra el hecho de que, en una ocasión, bajando la hermandad alhambreña por Reyes Católicos, camino de la tribuna oficial, se encontró con el cortejo de los Favores accediendo al mismo lugar, para girar en la calle de la Colcha, camino de su barrio. Los responsables de los dos cortejos se negaban a ceder el paso al otro; y, dado que el asunto se estaba enquistando en plena calle, en un momento uno de los mayordomos de la Hermandad de los Favores se metió la mano bajo el capillo, desabrochó su hábito y sacó una pistola marca Star del nueve largo que no dudó en montar, y cuyo cerrojazo sonó en toda la calle, ante el asombro de penitentes y transeúntes. De pronto, la voz del capirote armado retumbó amenazante: «¡Abran paso!» Y, al instante, el cortejo penitencial de la Alhambra se hizo a un lado y la hermandad de



los Favores prosiguió su recorrido. La cosa no pasó a mayores.

Una paloma blanca

Una vez que el trono de Santa María de la Alhambra traspasaba la puerta de la Justicia, en su descenso a Granada, fue costumbre durante muchos años el encendido de bengalas y la suelta de palomas blancas frente al paso, en un ceremonial de luz y color únicos. Dado que el exorno floral era de color blanco, a veces los chiquillos jugábamos a encontrar esa paloma blanca que jugueteaba a la altura de la peana de la imagen de Torcuato Ruiz del Peral, y que 'milagrosamente' nunca se despegaba del conjunto escultórico, a pesar del largo recorrido.

Ya de mayor, descubrí que la hermandad tenía un mayordomo encargado de este menester, delicado y asombroso: con un hilo de algodón blanco, y previo vendaje de una pata del animal, para no lastimarla, se le sujetaba de esta forma cerca de la



LQR

talla, pero sin la posibilidad de ir más lejos. Al final del recorrido, la paloma era liberada sana y salva.

Tintorería muy cara

Aquel año, la cera salpicada de los brazos de cola y la de las marías se había cebado sobre el manto de la Virgen de la Misericordia, lo que hizo que su hermano mayor pidiera presupuestos en varias tintorerías de Granada, para su limpieza y reparación; pero los que le dieron eran desorbitados para las arcas de la hermandad.

Pasó la primavera, llegó el verano y una tarde calurosa de domingo me despertaron de la siesta las voces de mi amigo José Carranza, bajo el balcón de mi dormitorio en la calle San Matías. Cuando me asomé ante tan alarmante urgencia, me dijo: «¡Vístete, coge las llaves de tu coche, que nos vamos a reparar una tragedia!»

Siguiendo sus instrucciones, conduje hasta un pueblo del cinturón y paré a las puertas de un chalet familiar. Nos abrió el hermano mayor aludido, con la cara descompuesta y rogándonos por todos los santos de la corte celestial que aquello quedara



AOE



entre nosotros como secreto de confesión. Nos dirigió hasta la piscina y la imagen era dantesca: para solucionar de una manera barata la limpieza del manto, había comprado un tambor de cinco kilos de detergente Colón, lo había vertido sobre el agua y, cuando la espuma había estado a punto de nieve, echó extendido el manto en cuestión, para limpiarlo de una manera económica y ‘eficaz’ con un cepillo de raíces. Armados con palos de escoba, cepillos de barrer y de fregona, nos lanzamos al agua para el rescate del manto.

De lo que ocurrió a continuación, solo los tres y una comunidad de religiosas del Realejo sabe lo que pasó. Al año siguiente, el manto lució impoluto. Creo que de todos los intervinientes el único que vive soy yo.

Los Gitanos

Ansioso por dar a conocer a nivel nacional nuestra Semana Santa, cuando los directores de la emisora en Madrid me dieron la posibilidad de transmitir en directo para todo el país una sola procesión aquella Semana Santa, les propuse narrar desde la tribuna oficial de la plaza del Carmen la de los Gitanos. Una hermandad que tenía atractivos suficientes como para ser entendida en toda la piel de toro.

Acordamos que la conexión en directo la llevaríamos a cabo el Miércoles Santo a las siete de la tarde, que era la hora en la que la hermandad sacromontana —según el programa oficial— debería entrar en tribuna.

Aquel año, la cofradía salía de un garaje en la placeta de Cuchilleros, pero la organización tuvo grandes problemas para poner el cortejo en marcha, de tal manera que, cuando el reloj del Ayuntamiento daba las siete de la tarde, desde Madrid me dieron paso para iniciar la transmisión radiofónica, contando el discurrir de la comitiva que debería estar pasando ante mis ojos. Tras los saludos protocolarios, para hacer tiempo fui contando la historia de la Hermandad del Cristo del Consuelo, mientras mi compañero operador de sonido, Pepe Campos de España, me hacía gestos de que la hermandad ni siquiera estaba entrando en calle Navas. Agotados todos los recursos posibles, Pepe cogió dos destornilladores de su caja de herramientas



y, aprovechando que las sillas de la tribuna eran metálicas y que, además, él había hecho la mili en la banda de cornetas y tambores en San Fernando, comenzó a redoblar el paso del tambor procesional, como si el cortejo estuviera pasando ante nosotros.

Mi condición de cofrade desde la niñez me permitió sacar de mi cabeza, hurgando en mi memoria, la composición de dicho cortejo, desde la cruz de guía hasta la banda que cerraba la procesión. Fui narrando despacio para dar tiempo a que llegaran los penitentes, pero el caso fue que relaté el desfile completo y la hermandad no había llegado, dando por concluida la transmisión sin que hubieran aparecido en la plaza. Recogimos los cables, nos fuimos al cercano Club Taurino a tomarnos una cerveza para pasar el mal trago y, cuando nos íbamos, comenzaron a llegar los primeros componentes del cortejo cofrade.

A la mañana siguiente, nada más llegar a la emisora, la secretaria Encarnita, con gesto serio nos dijo: «Pasad al despacho del director, que os está esperando». Los dos entramos con las piernas

temblando y pensando que sobre la mesa estarían las cartas de despido, pero había otro papel. Era un fax del director general, Jesús Gago, felicitándonos efusivamente por la magnífica transmisión en directo para toda España de la procesión de los Gitanos.









EL PREGÓN OFICIAL DE LA SEMANA SANTA DE GRANADA

Álvaro Ramos Ruiz

El pregón oficial de la Semana Santa se ha convertido, a lo largo de los años, en uno de los actos más importantes de la Cuaresma granadina. Tal ha sido el éxito cosechado en el transcurso de su existencia, que esta oratoria pública se ha consolidado como un elemento esencial para la promulgación y la difusión no solo de la Semana Santa de Granada, sino también de la propia ciudad¹.

Sin embargo, esta notoriedad ha sido adquirida en las últimas décadas, ya que la historia del pregón oficial ha estado marcada por una constante inestabilidad desde sus inicios hasta bien entrados los años 80. Es importante apuntar que la trayectoria de este acto ha ido estrechamente ligada a la propia historia de

la Federación de Cofradías. Por tanto, la inestabilidad política y económica que vivió dicho organismo en diferentes momentos quedó muy de manifiesto en la organización de los pregones, ya que en varias ediciones el acto no llegó a celebrarse². A ello hay que añadir que durante muchos años la Federación pagaba una gratificación al pregonero, por tanto, el apartado económico era muy importante. A pesar de ello, el auge de la Semana Santa, así como el aumento del interés social por dicha celebración, han contribuido al desarrollo y consolidación del pregón.

Pero, antes de abordar la historia de este evento cofrade, conviene señalar algunas de las características que hacen del pregón un acto

«ESTA ORATORIA PÚBLICA. CON CASI OCHO DÉCADAS DE HISTORIA. ENTRELAZA LITERATURA, DEVOCIÓN Y RELIGIOSIDAD POPULAR PARA EXALTAR LA SEMANA DE PASIÓN DE LA CIUDAD»



AOS

tan singular. El pregón es una «oratoria literaria pronunciada en público y que por lo general anuncia un acontecimiento que suele tener carácter festivo»³, en este caso, la Semana Santa. Además, posee un estilo plural, ya que en él se puede dar cabida a cualquier género literario, como, por ejemplo, la prosa, la poesía o el texto dramático (aunque este es menos frecuente)⁴. Por ello, es muy habitual que los pregoneros combinen en un mismo pregón diferentes géneros, lo que le aporta a su oratoria una gran riqueza literaria, además de un mayor atractivo de cara al público⁵. Por otro lado, conviene señalar que el pregón es fruto de la combinación de tres elementos esenciales, como son una buena oratoria, un gran conocimiento de la Semana Santa y la expresión de la devoción y las vivencias del propio pregonero.

Los inicios del pregón

Antes de la instauración del pregón oficial de la Semana Santa, existen algunos antecedentes históricos en la ciudad que, aunque no tenían la categoría de pregón, sí se aproximaban mucho a él en cuanto a la idea de exaltación y promoción



de la Semana Mayor. Buena prueba de ello la encontramos, por ejemplo, en los certámenes poéticos organizados por la Hermandad del Nazareno de Granada en el siglo XVII⁶. Otra muestra más reciente sería el texto «Semana Santa en Granada» de Federico García Lorca. Esta obra, integrada en el libro *Impresiones y Paisajes* (1918), fue leída en 1936 por el poeta granadino a través de las ondas de una emisora madrileña. Estas palabras, de una «cuidada y exquisita belleza»⁷, son consideradas por muchos como el primer pregón de la Semana Santa de Granada. Bien es cierto que no posee la categoría de oficial, puesto que no fue organizado por la Federación de Cofradías, pero sí cumple con las características propias de un pregón de la Semana Santa⁸.

El primer pregón oficial de la Semana Santa de Granada tuvo lugar en el año 1945, por iniciativa del entonces presidente de la Federación de Cofradías, Félix Infantes Vílchez, en colaboración con la colonia granadina en Madrid. El acto se celebró el día 5 de marzo en el Teatro Reina Victoria de la capital española⁹ y la alocución corrió a cargo del escritor y periodista Federico García Sanchiz, miembro



de la Real Academia de la Lengua, conocido por impartir charlas y conferencias en diferentes lugares de España. De hecho, el propio García Sanchiz ya tenía experiencia previa como pregonero en otras ciudades españolas, como es el caso de Sevilla (1937, 1939, 1940). Ese mismo año, concretamente el Miércoles Santo, este escritor pronunciaría un segundo pregón, ya en la capital granadina, concretamente en el monasterio de San Jerónimo.

A pesar del éxito cosechado en este primer pregón, en los años venideros el acto se celebró de forma intermitente motivado, principalmente, por los problemas económicos federativos¹⁰. Por otro lado, en aquellos primeros pregones era muy habitual que la Federación designara como pregonero a un personaje relevante de la sociedad española que sirviera de escaparate para nuestra Semana Santa. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, estas personas no eran originarias de la ciudad ni tenían apenas conocimiento sobre las hermandades y cofradías, por lo que los pregones se asemejaban más a conferencias o sermones que al concepto de alocución que conocemos hoy en día¹¹. Por consiguiente, eran intervenciones carentes de la esencia granadina y cofrade tan necesaria para este tipo de actos.

Curiosidades y anécdotas

Las dificultades para organizar el pregón provocaron que este acto no tuviera una fecha fija en el calendario de la Cuaresma, celebrándose algunos años el mismo Domingo de Ramos, horas antes de la salida de la Hermandad de la Borriquilla, como sucedió en 1953. Lo mismo ocurrió con las sedes del pregón, que fueron cambiando de una edición a otra, como por ejemplo, los teatros Cervantes o Regio, pasando por el monasterio de San Jerónimo, el salón de plenos del Ayuntamiento de la capital o el salón de actos del Centro Artístico, Literario y Científico de Granada, entre otros.

Pero de aquellos años se pueden recordar anécdotas que, sin lugar a dudas, le confieren al pregón una pátina de singularidad. Por ejemplo, en el año 1950 se pronuncia en Madrid un pregón a tres voces retransmitido por las ondas de Radio Nacional de España. Los participantes serían Antonio Gallego Burín, alcalde de Granada y presidente



honorario de la Federación de Cofradías, cuyas palabras se centraron en exaltar el valor histórico-artístico de las imágenes procesionales. En segundo lugar, hablaría el poeta granadino Manuel Benítez Carrasco, presentando una disertación cargada de gran lirismo y granadinismo. Y, en tercer y último lugar, tomaría la palabra Pedro Gómez Aparicio, director de la Agencia EFE, que pronunció una gran exaltación a la Semana Santa de Granada, centrándose, principalmente, en la devoción a la Virgen de las Angustias y al Cristo de los Favores en el acto del Viernes Santo a las tres de la tarde.

Otro hecho relevante fue el pregón pronunciado por el sacerdote jesuita Ramón Cué Romano el Domingo de Ramos de 1968. Fue la primera y única vez que la catedral granadina acogió este evento, el cual contó con una asistencia de 4.000 personas. Aquel pregón estuvo amenizado por un recital de órgano a cargo de los maestros Javier García Romano y Juan Alfonso García. Como curiosidad hay que señalar que Ramón Cué fue un sacerdote mexicano afincado en España. Este religioso jesuita quedó impactado con la celebración de la Semana Santa cuando vivió en Sevilla y tal fue su admiración por los desfiles procesionales, que fue pregonero de la capital hispalense y también de Salamanca.

Dos años más tarde, en 1970, se produciría otro hecho insólito, ya que se organizaron dos pregones. El primero de ellos correría a cargo de Antonio Gallego Morell y se celebraría en la Casa de Granada en Madrid. El segundo recaería sobre José Linares Palma, quien pronunció el pregón en el salón de actos de la Caja de Ahorros de Granada ante una gran audiencia.

Pero el pregón tampoco ha estado exento de polémica, ya que en 1978 el sacerdote Juan José Nieto Larrinaga manifestó con disgusto durante su intervención que era el tercer pregón que redactaba, ya que la Federación de Cofradías se lo había censurado en varias ocasiones. Según argumentaba el ente cofrade, el texto del religioso contenía importantes matices políticos, poco aconsejables en aquellos años de la Transición española¹². Además, muchos hermanos mayores de las cofradías granadinas no asistieron al acto, debido a las alusiones que el padre Nieto Larrinaga hizo de una determinada hermandad y la forma de vestir a sus imágenes durante una homilía en el convento de la Piedad¹³.

La consolidación del pregón

La década de los 80 fue un periodo de impulso para la Semana Santa de Granada y, por ende, para el pregón. En 1980, el salón de plenos del Ayuntamiento acogió uno de los pregones que marcaría un antes y un después en la historia de este acto. El destacado cofrade y reconocido poeta Arcadio Ortega Muñoz pronunciaría un pregón recordado por el sentido y el conocimiento que manifestó de la Semana Santa de Granada, además del gran lirismo que mostró en sus palabras, dedicando varios poemas a diferentes imágenes y cofradías de la ciudad. El público, que superó con creces las previsiones, interrumpió en repetidas ocasiones al pregonero con sus aplausos, mostrando su satisfacción por la alocución del poeta. Por tanto, el pregón de Arcadio Ortega fue un signo de recuperación de la Semana Santa de Granada que languidecía en los años 70 y que en los años 80 comenzaba a recuperarse, gracias a que «el mundo cofrade empezaba a responder con su presencia a este tipo de actos federativos»¹⁴.





A partir de esta fecha, el pregón muestra una continuidad, realizándose de forma ininterrumpida, síntoma de la relevancia social que había ganado en la Cuaresma granadina. Además, la Federación comienza con más frecuencia a designar como pregoneros a reconocidos cofrades de la ciudad, aunque todavía nombraría a destacados personajes de la sociedad española, como el afamado locutor Matías Prats Cañete, en 1988, o el periodista Jaime Peñafiel, en 1996.

Asimismo, y teniendo en cuenta el seguimiento cada vez más numeroso del pregón por la sociedad granadina, a finales de la década de los 80 la Federación llega a un acuerdo con el Ayuntamiento de la capital para cambiar la sede del pregón al Teatro Municipal Isabel la Católica, con el objetivo de darle una mayor relevancia cultural e institucional. De hecho, la escenografía del acto se enriqueció adquiriendo una mayor solemnidad estética. Del mismo modo, el pregón comenzó a ganar una gran relevancia mediática, especialmente en la prensa local, algo que no había sucedido en las décadas anteriores¹⁵.

La década de los 90 dejó en Granada grandes pregones de la mano de reconocidas figuras de la Semana Santa, como el cofrade José Luis Barea Ferrer en 1994 o el que fuera arzobispo de la ciudad y uno de los impulsores de las cofradías, monseñor José Méndez Asensio en 1995. También hay otros nombres relevantes, como el padre escolapio Enrique Iniesta en 1997 o el cofrade Ángel Luis Sabador, gran conocedor y estudioso de la Semana Santa, en el año 1999.

El pregón en el siglo XXI

Con el nuevo milenio da comienzo una etapa dorada para el pregón. En estas dos últimas décadas también nos encontramos pregones relevantes, como el pronunciado por el cofrade y locutor José Luis Ramírez Domenech en el año 2000. Un pregón radiofónico en el que fusionó música y palabras, dando lugar a una nueva forma de exaltar la Semana Santa.

Por otro lado, en el año 2013 se produce un hecho histórico, ya que después de 68 años de vida, por primera vez una mujer pronuncia el pregón. Tal



honor recaería en la periodista Encarna Ximénez de Cisneros, cuya alocución estuvo acompañada de proyecciones audiovisuales y música en directo¹⁶. Habría que esperar una década, hasta 2022, para escuchar de nuevo a una mujer pregonera, en este caso, a Emilia Cayuela.

Como curiosidad, cabe señalar que en Granada no se ha suspendido el pregón oficial durante los años de la pandemia, ya que en 2020 se realizó unas semanas antes del confinamiento, en concreto, y como viene siendo habitual en los últimos años, el primer domingo de Cuaresma. Además, en el año 2021, como medida excepcional, se celebró en el Palacio de Congresos y Exposiciones de la ciudad, gracias a que sus dimensiones permitían respetar mejor los protocolos sanitarios¹⁷.

Como se puede comprobar, el pregón se ha ido consolidando a lo largo de las décadas como un acto de primer orden dentro de la Cuaresma granadina, gracias a su relevancia informativa y literaria, así como al gran interés social que se ha ido granjeando. Asimismo, se ha convertido en una pieza esencial para la promoción y exaltación de la Semana Santa y de la propia ciudad.



AOE

NOTAS

1 Ramos Ruiz, Álvaro (2018). «Periodismo y Literatura en el Pregón de Semana Santa en Andalucía». En *Las expresiones culturales analizadas desde la Universidad*. Madrid: Tecnos. Pág. 279.

2 Ramos Ruiz, Álvaro (2022). «Estudio histórico del Pregón Oficial de la Semana Santa de Granada». En *Humanismo poliédrico. Nuevas apuestas de estética, arte género y ciencias sociales*. Madrid: Dykinson. Pág. 948.

3 De la Chica Roldán, Jorge (2006). *El Penitente. Breve Enciclopedia de la Semana Santa Granadina*. Granada: Corporación de Medios de Andalucía. Pág. 32.

4 Ramos Ruiz, Á. op. cit., 2022. Pág. 945.

5 Ramos Ruiz, Álvaro (2023). «La poesía cofrade en el Pregón Oficial de la Semana Santa de Granada en la última década». En *Nuevas investigaciones y perspectivas sobre literatura, cultura y pensamiento*. Madrid: Dykinson. Pág. 192.

6 López-Guadalupe, Miguel Luis (2003). *Breve historia de la Semana Santa de Granada*. Málaga: Sarriá. Pág. 25.

7 Seijas Muñoz, Enrique (2006). *Granada en pregón*. Granada: CajaGranada. Pág. 77.

8 Ramos Ruiz, Á. op. cit., 2022. Pág. 947.

9 Ocón Rojas, Manuel (2004). *Un siglo de Cuaresmas y algo más*. Granada: Editorial Osuna. Pág. 242.

10 Padial Bailón, Antonio (2002). *La Semana Santa de Granada a través de la Federación de Cofradías*. Granada: Real Federación de Hermandades y Cofradías de Granada. Pág. 171.

11 Ramos Ruiz, Á. op. cit., 2022. Pág. 948.

12 Padial Bailón, A. op. cit., 2002. Pág. 270.

13 Padial Bailón, A. op. cit., 2002. Pág. 270.

14 Padial Bailón, A. op. cit., 2002. Pág. 276.

15 Ramos Ruiz, Á. op. cit., 2022. Pág. 954.

16 Ramos Ruiz, Á. op. cit., 2022. Pág. 956.

17 Ramos Ruiz, Á. op. cit., 2022. Pág. 957.







150 AÑOS DE MÚSICA EN GRANADA: REFLEXIÓN SOBRE EL ESTILO

Erik Luque Vega

Al igual que en la vida de una persona adulta el momento del nacimiento se observa como algo distante y prácticamente ajeno a la realidad del momento actual, en la música ocurre algo parecido. Y es que ya se antojan lejanos los años 70 del siglo XIX: 150 años en los que la música cofrade desarrollada en el pequeño contexto granadino ha experimentado una evolución constante, llena de matices y colores que la enriquecen creando, en ocasiones, tantos estilos como compositores se han atrevido con ella.

Me atrevería a decir que, a la hora de comparar las primeras composiciones cofrades granadinas con las surgidas en estos últimos años, sería un error juzgar

el trabajo de una u otra época en función de un gusto estático en el tiempo. El inmovilismo estético en el arte puede acarrear una falta de objetivos a largo plazo en el artista, algo que, a poco que se revise la propia Historia de la Música, se observa como una necesidad de los grandes nombres que la ocupan. Este inmovilismo aparente, en lo relacionado con las artes plásticas cofrades (escultura, pintura...), tiene su reflejo directo en la música procesional. Tenemos como grandes clásicos de la música cofrade del sur de España obras surgidas o inspiradas, en su mayoría, a lo largo de la geografía andaluza, además de contadas referencias tomadas del resto del mapa nacional.

Por otro lado, cada estilo surge como evolución y ruptura con el anterior, a la par que nacen nuevos

«COARTAR EL DESARROLLO DEL ARTE SIMPLEMENTE POR MANTENER UN INMOVILISMO ESTÉTICO PUEDE ACARREAR CONSIGO LA CREACIÓN DE UNA BARRERA INJUSTIFICADA QUE ACABE PONIENDO COTO A LA LIBERTAD DEL COMPOSITOR Y, POR ENDE, DEL PROPIO ESTILO»



AOE

estilos inspirados en otros pasados. A priori esto puede parecer una obviedad; sin embargo, en el mundo cofrade no resulta tan evidente como parece, dado que este se desenvuelve mayoritariamente, en cuanto a las artes plásticas, en base a un estilo: el barroco —lo cual se refleja en la teatralidad, movimiento y pomposidad de nuestros pasos, la puesta en escena de los cortejos, etc.—. El barroco es la referencia del arte religioso en las calles, así como nuestras grandes obras de la música procesional responden, por lo general —y dentro del barroquismo cofrade—, al estilo romántico y sus derivados más cercanos (nacionalismo, impresionismo, etc.). Esto se debería a que el nacimiento y auge de este tipo de música se produjo durante el periodo cultural en que se desarrolló la Semana Santa conforme hoy la conocemos en el sur de España, esto es, durante el final del siglo XIX y, más o menos, la primera mitad del XX. A eso habría que añadir el desarrollo y expansión de las bandas de música, que también entonces quedaban configuradas prácticamente tal y como se presentan hoy día.

Pero, tras este auge en el siglo pasado, ¿no se continuó escribiendo música procesional, en su sentido primigenio, más allá de los 'clásicos'? ¿Todo lo que se escribe desde entonces parte exactamente de lo anterior, no hay evolución posible como tal? Y la pregunta o meta clave para algunos compositores y melómanos cofrades en general: ¿lo que se escribe actualmente llega a estar a la altura de lo que se escribió?

Parte de las respuestas que se pueden ofrecer son realmente subjetivas y nacen del gusto estético de cada cual. No obstante, se puede llegar a un mínimo consenso estilístico sobre ellas y lo que supone la evolución de la música procesional en nuestro ámbito más cercano, que, dicho sea de paso, cada vez se amplía más debido a la globalización que proporciona el mundo digital a través de su inmediatez.

El concepto de «estilo granadino»

Cuando en esta ciudad hablamos de «estilo granadino», nos suele venir a la cabeza algún



AOS

autor relacionado con Granada, generalmente de la segunda mitad del siglo XX. Por norma general imaginamos una marcha de procesión de corte más o menos solemne, casi fúnebre en algún caso, con unas líneas melódicas amplias y desarrolladas y un acompañamiento poco marcado, que se acerca más al compás de 2/2 que al de 4/4. Y no tiene por qué ser un concepto erróneo, pues realmente obedece al origen de las propias marchas procesionales y, concretamente, a su origen en Granada.

Remontándonos a la obra de Antonio de la Cruz, ya a finales del siglo XIX se distingue ese estilo solemne, relacionado en ocasiones con la música de salón que se escribía en la ciudad, hasta bien entrado el siglo XX, por compositores de la talla de Francisco Alonso. Son marchas que obedecen, generalmente, a una estructura ternaria en la que los temas aparecen bien definidos, se repiten en varias ocasiones y son contrastantes entre sí; es decir, cumplen con el origen de las marchas de procesión clásicas y su estructura ternaria A-B-A extraída del minueto-trío (con reexposición del primer tema).

Sin embargo, y teniendo en cuenta a figuras como José Montero Gallegos, conforme avanza el siglo XX aparecen nombres foráneos en la ciudad como son José Faus, Francisco Higuero o Miguel Sánchez Ruzafa, que, junto con la familia Megías —padre e hijo—, conforman en el imaginario colectivo de la Granada cofrade los pilares del llamado «estilo granadino». Llevados por las leves ampliaciones y modificaciones introducidas en la forma de las marchas procesionales, estos autores proporcionan las bases sobre las que se construye este estilo que tomamos como propio. Desde la amplia paleta de colores e impresiones con la que juega Faus, pasando por la marcialidad de Higuero, el lirismo de Sánchez Ruzafa o la expresividad de la obra de la familia Megías, los conceptos se han unido, dando como resultado una amalgama de recursos compositivos que, a través de distintos caminos, siguen fraguando un estilo al que podemos denominar como granadino. Con ellos, nombres como Aniceto Giner, Juan Antonio Barros Jódar, Rafael Ballesteros, Francisco Gil, Ramón Ortega, Melchor Perelló o Ángel López Carreño se podrían considerar como los más continuistas en esta línea estilística entre finales del pasado siglo y la actualidad. Cada cual

con sus particularidades y estilo, pero en una línea de creación común.

En la primera década de este nuevo milenio aparece un estilo que, aunque surge fundamentado en el tradicional, supone una cierta ruptura estética en cuanto a la utilización de, especialmente, la armonía y la instrumentación. Con aires tomados del minimalismo, aparece una música que conecta más con la que se escucha en el ámbito popular del día a día y que busca, en ciertas ocasiones, un mayor apego a la parte emocional del mensaje que a la descriptiva o funcional del propio género desarrollado hasta entonces. En Granada podemos tomar como principales exponentes de este movimiento a Víctor Ferrer y Rocío Bracero, quienes han convertido dos de sus obras (*Mi Amargura* y *La Niña de Santa Ana*, respectivamente) en algunas de las más interpretadas en el panorama cofrade.

Actualmente hay un gran número de compositores en Granada, con más o menos formación musical, reglada o no reglada, que escriben para banda de música, capilla, cornetas y tambores, o agrupación. Contamos en nuestra ciudad con nombres como el mencionado Víctor Ferrer, Ignacio García o Elías Santiago, que destacan en sus respectivos campos a lo largo del panorama andaluz. Y, si bien es cierto que lo que consideramos en nuestro imaginario colectivo como «estilo granadino» a veces puede verse más o menos alterado en función del compositor, de su propio estilo o de la idiosincrasia de la cofradía o imagen a quien se dedica la obra, no se debe olvidar que el arte nace de la necesidad de su creador por expresar una serie de vivencias que serán, en el caso de la música, tan efímeras como dure el transcurso de su interpretación. Al igual que nuestras cofradías, por su propia identidad y la de su entorno, son tan dispares, también la música recoge el testigo de la diversidad estética y estilística, adaptándose a escenarios tan diversos como el regreso de una hermandad del Zaidín o la salida del Señor de la Amargura.

Conclusión

La libertad total puede ser un arma interesante con la que arriesgar en el arte en algunas ocasiones. Para ello, el momento actual, en el que vivimos conectados constantemente, supone un aliado



de primer nivel, dada su rapidez de respuesta e interacción entre el creador y el oyente. Esto propicia una capacidad de mejora prácticamente instantánea de la propuesta, teniendo en cuenta los riesgos que ello conlleva para con el propio compositor y su concepto estilístico.

Coartar el desarrollo del arte simplemente por mantener un inmovilismo estético puede acarrear consigo la creación de una barrera injustificada que acabe poniendo coto a la libertad del compositor y, por ende, del propio estilo. Si no, imaginemos por un instante qué habría ocurrido si la obra y estilo de alguno de los referentes del género en la ciudad no se hubiera llegado a desarrollar. Posiblemente, estaríamos ante una idea colectiva muy diferente cuando nos referimos a nuestro estilo. Como decía anteriormente, cada creación suma y añade nuevos recursos a la paleta colectiva, como el pequeño grano de arena del que se forma la montaña. Al fin y al cabo, la historia determinará cuáles son las bases de un estilo en constante evolución; y, como hasta ahora, dependerá de cada artista el tomar unos u otros recursos para establecer su propia línea y seguir conformando lo que en el imaginario colectivo de la Granada cofrade conocemos como «estilo granadino».







LA ACTUALIDAD DEL DISEÑO COFRADE: CREACIÓN DE PATRIMONIO

Luis Ignacio Fernández-Aragón Sánchez

Cuando en los años 80 del pasado siglo se vivía en nuestra ciudad la llamada por la historiografía cofrade más reciente «tercera oleada fundacional», que nos dejó en apenas una década un total de doce nuevas corporaciones pasionistas, la necesidad de crear enseres para las cofradías emergentes se convirtió en algo perentorio para conformar los nuevos pasos que aumentarían el patrimonio cofrade de la ciudad, como objetos para el culto público que Granada atesora y que forman parte indispensable de la celebración de la Semana Santa.

En aquellos años, la realización de enseres dependía de los talleres artesanos a los que las hermandades acudían, que se encargaban tanto de la elaboración

de la pieza como —y esto es lo que quería indicar como punto de partida de este artículo— de su diseño. Los talleres, por entonces no demasiados y ubicados principalmente en Sevilla, ofrecían catálogos de enseres ya diseñados; y, en algunos casos, cuando la hermandad era más exigente, se ofrecían a realizar diseños exclusivos, si bien es cierto que esto multiplicaba el coste de la pieza. Por eso, la mayoría de las hermandades trabajaron con talleres sevillanos y, en muchas ocasiones, sobre catálogo. Por no olvidarme de los talleres granadinos, solamente Rafael Moreno trabajaba para cofradías en nuestra ciudad en aquellos años, aunque sus últimos enseres para la ciudad datan de los primeros años de la década de los 90. No pudo competir con

«BOGO SINNINGUNA DUDA POREL PAEL DE LOS DISEÑADORES GRANADINOS. QUE VIENEN DESARROLLANDO UN TRABAJO DE MÁXIMA CALIDAD. CARGADO DE RICOS REFERENTES HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS LOCALES»



AOE

los precios de los talleres sevillanos, que ajustaban su oferta en función de la competencia, y tampoco con sus diseños, que les resultaban más atractivos por ‘cofrades’ a las corporaciones nazarenas nacientes en esos años.

Quizás por esto, piezas que en la actualidad forman parte de nuestros pasos pueden verse repetidas en otras localidades andaluzas. Así que esta evidencia constatada en los años siguientes permitió que poco a poco se generase un ambiente adecuado para que las cofradías buscasen la excelencia y la exclusividad en sus enseres: en esos años ochenta y noventa, de una forma tímida; pero en la actualidad se ha convertido en práctica habitual entre las cofradías andaluzas y, de forma particular, entre las de nuestra ciudad.

A ello ha contribuido, de una parte, que los talleres hayan adaptado su producción a los requerimientos de las hermandades, siendo mucho más flexibles y competitivos a la hora de producir estas obras de arte; y, por otra, la aparición de diseñadores locales, conocedores del arte y la tradición de cada ciudad, fuertemente vinculados a sus cofradías y, por tanto, bastante ‘cofrades’, además de sólidamente



Y es que, frente a la Semana Santa más globalizada, la aparición de estos diseñadores locales ha permitido incluir la variable de la especialización y la diferencia en los enseres cofrades, esa que hace más atractiva a las diferentes semanas santas y que enriquece a la ciudad en la que se celebra. No olvidemos que las cofradías crean para su ciudad un ajuar procesional que trasciende a las generaciones y que acaba siendo parte del legado tanto espiritual como festivo de Granada, en nuestro caso concreto. Hay que pensar, por lo tanto, en el patrimonio no como algo exclusivo y privado de las cofradías. Nada de eso: estamos construyendo el soporte material de la fiesta de la Semana Santa, en su acepción más sociológica. Por eso hay que tener altura de miras y afrontar proyectos ambiciosos, que superen legislaturas de juntas de gobierno. Se trata de que el concepto de proyecto de hermandad cale en las neuronas de nuestro pensamiento cofrade. Siendo generosos, conscientes de nuestro papel y, como digo, con altura de miras. Y es que, a lo mejor, el proyecto que aprobó el cabildo de hermanos es económicamente cuantioso... pero si tiene la calidad deseada y es una propuesta que cualificará más aún a la corporación, la cuestión será alargar su ejecución en el tiempo, para que la hermandad no comprometa sus quehaceres diarios de caridad, formación y culto, eso por supuesto.

Para los diseñadores locales, su fuente de inspiración suelen ser los entornos cercanos: las arquitecturas que construyen los bienes culturales de la ciudad y que, en muchos casos, acogen a las cofradías: los retablos de las distintas iglesias y conventos, con su rica gama de estilos que van desde lo gótico hasta el neoclásico —aunque con el predominio siempre del barroco—; las antiguas vestimentas litúrgicas bordadas; así como los elementos usados para las celebraciones, tanto de orfebrería o talla en madera como, por supuesto, tejidas en materiales nobles.

Todo este catálogo histórico y cultural que nos rodea, que forma parte de nuestro paisaje cotidiano, del que somos conocedores desde niños y que tenemos completamente integrado en la forma en que percibimos la ciudad, está ahí como fuente de inspiración que activa nuestra capacidad creativa. Y yo diría aún más: no se trata tanto de reproducir literalmente lo que vemos como en reinterpretarlo desde una visión que puede ser

formados, como decíamos, en arte e iconografía y conscientes de las realidades y expresiones cofrades de geografías foráneas, no solo la andaluza.

También es cierto que determinados talleres cuentan en la actualidad con gente capacitada y formada para hacer grandes diseños, con la ventaja de que, al ser a su vez quienes los ejecutan, conocen las técnicas y metodología para adaptar el diseño a su posterior realización. En este sentido, hay ejemplos de talleres cofrades dirigidos por grandes diseñadores en los que casi lo que más atrae, además de la calidad de las piezas que realizan, es el diseño que ofrecen.

De igual forma, el trabajo en equipo de diseñadores cofrades con talleres artesanos ha supuesto un mutuo enriquecimiento, de modo que a las propuestas de uno se suman las soluciones técnicas del otro, de modo que todo fluye. Tengo la experiencia personal de la riqueza y los frutos obtenidos de ese trabajo conjunto. Por contar un ejemplo, la ejecución de las andas del paso de misterio de Nuestro Padre Jesús Despojado me supuso una relación estrecha con el taller de Antonio Ibáñez y Joaquín Pineda, cimentada con largas charlas sobre estilos arquitectónicos y el intercambio de libros y documentos sobre arquitectura ornamental.



cofrade y, a la vez, contemporánea. Y no me malinterpretéis. Contemporánea en lo referido a que nuestros diseños sean capaces de dar respuesta a las necesidades actuales de las cofradías, tanto de culto externo como para su posterior conservación, así como a las posibilidades técnicas a la hora de ejecutar los proyectos por parte de los artesanos encargados de ello. Contemporáneo en que la interpretación de lo que vemos dé lugar a objetos novedosos, que planteen nuevos retos, que inicien diálogos entre diversos estilos artísticos, que inciten la imaginación, la curiosidad y la emoción de quienes los contemplan... Quizás pueda parecer un reto excesivo, pero ¡qué sería de nosotros sin tener nuevos retos a los que enfrentarnos, cada vez que nos ponemos delante de un papel en blanco!

La catedral de Granada y su Capilla Real, el sepulcro de los Reyes Católicos (que ya sirvió de inspiración al paso de la Quinta Angustia de Sevilla), las iglesias barrocas de San Justo y Pastor, San Juan de Dios o las Angustias. El mundo mudéjar de Santa Ana y



las iglesias, conventos y casas nobles del Albaicín, la Cartuja, San Jerónimo... y todos ellos con sus tesoros y ajuares y decoraciones singulares... Todo a nuestro alcance para estimular las capacidades de imaginar en cofrade. Y además todo de aquí, de nuestra tierra, esperando servirnos de inspiración para darle una nueva dimensión a la labor creadora de siglos pasados.

Quizás el referente más inmediato de diseñador cofrade fue el sevillano Antonio Dubé de Luque, quien, además de dejar una amplia producción escultórica, dejó ejemplos exquisitos de su labor como creador de enseres. Su Cofradía de los Servitas, de la que diseñó la totalidad de sus enseres y pasos, es un exponente de su arte. En Granada contamos con sus aportaciones para la Cofradía del Crucifijo de San Agustín, de la que fue diseñador de ambos pasos y de algunos enseres. Sin embargo, hasta la irrupción de Javier Sánchez de los Reyes como diseñador de referencia para la ciudad de Sevilla, los diseños para cofradías sevillanas han seguido saliendo mayoritariamente de los talleres artesanos, encargados ellos mismos de dibujar las obras a ejecutar. El caso de Ramón León, padre, y su hijo Ramón León Losquiño es un ejemplo estupendo de



AOE



un taller orfebre que es regentado en la actualidad por un excelente diseñador y orfebre.

No quiero dejar de nombrar a los malagueños Eloy Téllez y Fernando Prini. Aunque el primero ya falleció, a él se le deben multitud de enseres y pasos de su ciudad, en especial los del Rocío, la Novia de Málaga. Respecto al segundo, tiene multitud de diseños para cofradías malagueñas, además de ser el responsable del diseño del manto de la sevillana Virgen de Consolación. Por supuesto a Curro Claros, uno de los más valorados en la actualidad en el panorama del diseño andaluz, por la riqueza de sus creaciones.

También Córdoba cuenta con uno de los grandes, y que ya ha dejado para Granada su primer trabajo: el proyecto completo de paso de palio para la Virgen de la Luz. Me refiero a Rafael de Rueda, que con su buen hacer está colaborando al engrandecimiento y calidad de los conjuntos procesionales cordobeses.

En Jaén hay que hablar de Pedro Palenciano, diseñador que además regenta su propio taller de bordado. El conjunto del paso de palio de María Santísima de Salud y Esperanza de Jerez, por ejemplo, es una auténtica belleza salida de su ingenio.

En Granada, no podemos dejar de nombrar a Miguel López Escribano, quien fuera muchos años hermano mayor de las Maravillas y presidente de la Real Federación de Cofradías. Diseñó para varias cofradías de la ciudad, como la suya propia, la de la Humildad o la de la Concepción, a la que legó su actual palio. Sus dibujos estaban más relacionados con el gusto cofrade imperante que con referencias a la ciudad, pero no debemos olvidarlo en la enumeración de personalidades que han logrado llevar a nuestra Semana Santa a su actual estado de excelencia. La sola concepción del palio de las Maravillas así lo justifica.

Pero además, hay que sentirse tremendamente orgullosos de la producción que están generando los diseñadores granadinos en la actualidad, y nombro a Álvaro Abril y a José Manuel Martínez Hurtado principalmente. Álvaro debe ser uno de los más valorados a nivel no solo andaluz, sino casi de toda la geografía española, pues tiene obras en la práctica totalidad de las provincias andaluzas y



se prodiga por otras comunidades autónomas como Extremadura o Valencia. A su arte se deben multitud de enseres y pasos, siendo además de los que también ha puesto una pica en Flandes (esto es, Sevilla), al haberle diseñado una saya y toca de sobremanto a la mismísima Macarena. Respecto a José Manuel, además de gran diseñador, es un excelente bordador, que está dejando su impronta en su Hermandad de la Concepción, así como en la jienense de la Estrella, para la que ha realizado, entre otros elementos, un palio precioso.

Tenemos además a dos pintores que están empezando a diseñar: Juan Díaz Losada y Lolo Prados. El primero es responsable del elegante paso de palio de la Virgen de la Amargura.

Y aunque soy yo quien firma el artículo, también reivindico la aportación de mis obras, prácticamente desde que se funda la Hermandad Sacramental de Jesús Despojado. Con apenas 18 años diseñé las potencias de nuestro Titular y, desde entonces, he seguido trabajando para la hermandad y para todas aquellas que han confiado en mis capacidades creativas.

En este sentido, abogo sin ninguna duda por el papel de los diseñadores granadinos, que, además de ser muy valorados fuera de los límites de la provincia —a veces más que en nuestra propia ciudad, tal vez por aquello de que nadie acaba de ser profeta en su tierra—, vienen desarrollando un trabajo de máxima calidad, cargado de ricos referentes históricos y artísticos locales, y están dotando a la Semana Santa de Granada de una identidad que se venía buscando hace años. Todo ello, además, atendiendo a formas tradicionales de dibujo, diseño y presentación de Titulares, que hoy son motivo de orgullo para todos los que disfrutamos de las cofradías granadinas.

La aportación de todos ellos es fundamental para entender la Semana Santa granadina en este siglo XXI, y su mirada especializada, contextualizada y llena de creatividad es una de las causas para que muchos cofrades, andaluces o no, vuelvan sus ojos a Granada, no solo impresionados por su imaginaria única, sino también por la genialidad y originalidad de sus apuestas recientes para la creación de enseres y pasos. De ese patrimonio que, repito, las hermandades de Granada están legando a la ciudad como uno más de los tesoros que ofrece.







PATROCINADORES
NUESTROS SOCIOS



ATA

T

O

G

L

O

G

+

+

+

+

Creceamos contigo



Metropolitano
de Granada



Junta de Andalucía

• METRO DE GRANADA, CERCA DE TI •